



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

XIII

LA APLICACIÓN DE LOS SIG COMO COMPLEMENTO PARA EL ESTUDIO DE LA ORGANIZACIÓN DEL ESPACIO EN LA MARCA MEDIA ANDALUSÍ. EL SISTEMA DE ATALAYAS EN LA CUENCA DEL JARAMA (MADRID)

MARTÍNEZ LILLO, S.; SÁEZ LARA, F. y MALALANA UREÑA, A.

INTRODUCCIÓN

Con el presente trabajo pretendemos mostrar una de las distintas aplicaciones que el mundo de los Sistemas de Información Geográfica permite -en este caso al mundo medieval de al-Andalus- como ayuda a la hora de comprender y representar gráficamente el tipo de poblamiento, así como la explotación del espacio cercano.

Hasta la fecha, el espacio articulado a lo largo de los ríos Lozoya y Jarama ha sido analizado con los enfoques metodológicos tradicionales. Ya sea por su antigüedad o por su desconocimiento, ninguno de ellos ha podido beneficiarse del empleo de los SIG. Por lo tanto, antes de adentrarnos en el análisis del tema, un paso obligado sería establecer el estado de la cuestión. Sin embargo, nuestro enfoque quedará limitado a una breve evaluación de las fuentes bibliográficas editadas hasta la fecha.

En este caso concreto se plantean los primeros resultados de un trabajo más amplio que tiene como objeto el estudio de la organización del espacio en la llamada Marca Media (Al-Ṭagr al-awṣaṭ), que funcionó como una «frontera» entre al-Andalus y los reinos septentrionales a lo largo de los siglos IX-XI aproximadamente. Especialmente nos hemos centrado en la aplicación de visibilidad e intervisibilidad que nos ofrece el programa Arcview en su versión 2.1.

* Queremos agradecer a D. Jesús Bermúdez la realización de la figuras 1 a 8 y n.º 10.

Por medio de esta útil «herramienta de trabajo» hemos llegado a reconocer una serie de funciones en las torres almenaras que jalonan parte del cauce del río Jarama, y que juntas tendrían un carácter común. En páginas posteriores, proponemos –a título de hipótesis– las «nuevas» funciones alternativas que tendría este conjunto de atalayas, y por extensión la posibilidad de que el mismo modelo se pueda dar en ejemplos vecinos.

Asimismo, no es la intención de este estudio valorar y recoger los resultados de las últimas publicaciones sobre el mismo tema, sin embargo, sí interesa resaltar una serie de estudios que se han realizado y que ayudan, desde otros puntos de vista y metodologías científicas, a entender correctamente el tipo de poblamiento y hábitat que se planteó en torno al Sistema Central y al cauce del río Tajo durante los mencionados siglos de la Edad Media peninsular. Entre otros autores interesa indicar aquí inicialmente los trabajos de Zozaya (1980 y 1990), Caballero-Mateo (1988 y 1990), Manzano Moreno (1991).

CARACTERÍSTICAS GEOMORFOLÓGICAS DEL EJE JARAMA-LOZOYA

El centro de la Península Ibérica está dividido en dos por un macizo montañoso compuesto por rocas metamórficas que tiene una orientación E-NE/O-SO: el Sistema Central. En realidad, se trata de la zona de contacto entre los dos grandes zócalos que forman la Meseta. Este gran bloque terciario, profundamente desgastado, sufrió, como consecuencia de las convulsiones de la orogenia alpina, el plegamiento y la fracturación de sus zonas más débiles, que coinciden con sus subdivisiones tectónicas. Las elevaciones más notables de la morfología resultante son la Sierra de Gredos y la de Guadarrama. En la vertiente septentrional, que se corresponde con un bloque más elevado, los desniveles son menores y la transición hacia las planicies formadas por la erosión de la cobertera de sedimentos terciarios es más suave. Al sur, en cambio, el bloque está más hundido y la transición es más brusca. La plataforma de la sierra acaba en una larga falla subrayada en algunas zonas por pequeñas alineaciones montañosas. Es lo que se conoce como el «Escalón de Pie de Sierra». Entre estas serretas destacan, en el Guadarrama, y de este a oeste, la Dehesa Vieja, el Cerro de San Pedro, la Sierra del Hoyo o el Cerro Almenara. Los espacios intermedios son aprovechados por los principales afluentes de la cuenca septentrional del Tajo para abrirse paso. Esta organización morfológica condiciona particularmente el trazado del río Lozoya, que, después de dirigirse decididamente hacia el sur, se encuentra con el bloque de la Dehesa Vieja y se ve obligado a girar bruscamente hacia el este y a precipitarse por un angosto desfiladero en el cauce del Jarama.

Las comunicaciones entre ambas submesetas se ven dificultadas por este gran obstáculo transversal. Aunque existen zonas de tránsito aparentemente más cómodas entre las principales sierras –los páramos al norte de Medinaceli y los valles del Alberche y del Jerte–, la necesidad de enlaces más directos ha hecho que algunos de los

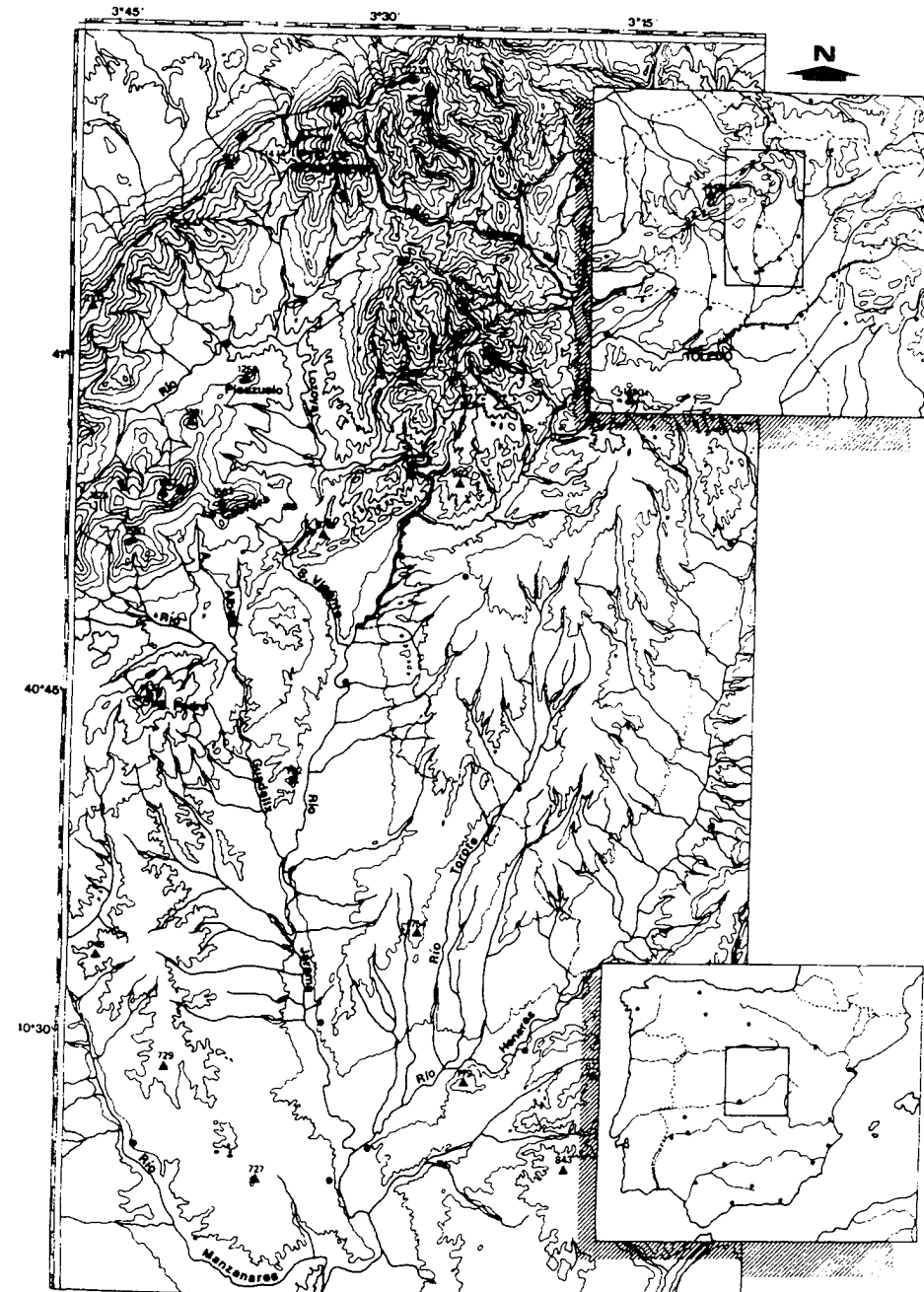


Figura 1. Mapa de ubicación de la zona de estudio.

pasos más elevados de la cordillera sean aprovechados por las más importantes vías. Los puertos de Malagosto, Fuenfría, Tablada, El Pico o Candeleda fueron atravesados por calzadas romanas y caminos y cañadas medievales. La red viaria moderna ha desestimado algunos para revalorizar otros que, por su altitud o su inadecuación a la caminería antigua, no habían pasado de puertos de segunda categoría, vinculados como mucho al trasiego de ganado en busca de los pastos de verano. El ejemplo más notable es la sustitución del Puerto de la Fuenfría por el de Navacerrada.

Las condiciones climáticas del invierno representarían una dificultad añadida al paso de la sierra. Sólo los puertos más bajos, como el de Tablada, serían franqueables casi todo el año. O como el de Somosierra. No supera los 1.400 metros y se abre a las suaves pendientes, al norte, del Arroyo del Puerto, luego Duratón, y, al sur, del río Madarquillos. La Cañada Real Segoviana constituye un testigo del trazado de la antigua vía a su paso por el puerto. A sus pies, el valle de origen glaciario en forma de artesa del río Lozoya ofrece su fondo plano para una –aún más– cómoda circulación. Su fondo de saco, aprovechado por el cenobio de El Paular para aislarse, queda al oeste, enmarcado por las más altas cumbres de la sierra.

Aunque aún quedan zonas fosilizadas del bosque original de la sierra, el paisaje actual es el resultado de una fuerte antropización. La deforestación ha sido mayor en los pisos inferiores, en el entorno de los núcleos de población. El robledal y el encinar sobreviven en algunas zonas de las tierras comunales, en los márgenes de las praderas y en los cotos de caza. Las características edafológicas de las cubetas sedimentarias –arenas de origen metamórfico muy poco evolucionadas– y las condiciones climáticas han hecho que sus sustitutos principales hayan sido los pastos y las forrajeras. Sólo en algunos rincones que gozan de un microclima particular y en el entorno de los cauces fluviales, crecen los frutales y las hortalizas.

El cambio de paisaje rural se produce en coincidencia con la transición hacia la cobertera sedimentaria terciaria. El Jarama, en la zona al norte de Talamanca, subraya con su cauce un tramo de esta franja. Por un trecho, al oeste se extienden aún los pastos y el monte bajo que cubren el bloque metamórfico y, al este, las tierras calcáreas del entorno de Uceda. Su propio lecho se abre y se vuelve cultivable a partir de este asentamiento, aunque todavía su suelo ofrezca dificultades a los arados¹. La presencia de la villa romana de Valdetorres o del probable asentamiento visigodo de Talamanca hacen pensar en un aprovechamiento agrícola temprano del valle. El entorno del Lozoya, en cambio, seguramente no estuvo tan poblado como lo está ahora hasta los siglos XV o XVI. Quizá hasta entonces no comenzaron las más profundas transformaciones del paisaje autóctono. Es éste un factor a tener en cuenta a

1. Este paisaje tradicional ha sufrido otro tipo de transformación en los últimos treinta años. Al sur de Talamanca, grandes extensiones del fondo del valle han sido socavadas por la extracción de áridos con destino a la construcción. Por otro lado, el caudal del Jarama está ahora regulado por las presas situadas en su curso y en el de sus afluentes. Sólo se pueden producir desbordamientos, cada vez más raros, por causas torrenciales. Serían mucho más frecuentes, sin embargo, en un pasado no tan lejano, sobre todo en época de deshielo. No es probable, por tanto, la existencia de asentamientos antiguos en las zonas inmediatas al lecho del río Jarama. Torremocha, Torritón, Talamanca o la villa de Valdetorres están sobre el borde de la primera terraza.

la hora de estudiar aspectos como la distribución de los ejes viarios, el control visual del territorio y las formas de ocupación. Para completar este panorama, quedaría por determinar la antigüedad de algunas explotaciones mineras diseminadas por todo el zócalo de la sierra (GRANEDA et alii, 1996).

ORGANIZACIÓN DEL ESPACIO EN EL CAUCE DEL JARAMA EN ÉPOCA ANDALUSÍ

ESTADO DE LA CUESTIÓN DE LA ARQUEOLOGÍA Y DEL POBLAMIENTO MEDIEVAL EN MADRID

El conocimiento que hoy en día se tiene de la presencia islámica en la llamada Marca Media (zona central de la Península Ibérica entre el Sistema Central y el río Tajo aprox.) es bastante amplio, si lo comparamos con la situación hace un par de décadas.

De los ya pioneros trabajos, todavía «en uso», de autores como F. Hernández Jiménez (1959, 1962 y 1973), L. Torres Balbás (1960), J. Oliver Asín (1959), M. Terrase (1969), se ha pasado a una nueva situación, en la que se han multiplicado las publicaciones y proyectos de investigación que tienen por centro o tema principal la presencia andalusí en esta zona de frontera.

Mientras que los anteriores trabajos trataban esta cuestión de manera global –con tal vez demasiada carga histórica y filológica–, y haciendo poca o ninguna referencia a la «cultura material andalusí», se ha pasado hoy en día a postulados alternativos de la llamada «nueva arqueología», que sin abandonar los trabajos globales empieza a plantear nuevas cuestiones:

- Tipos y esquemas de poblamiento.
- Búsqueda de tipologías cerámicas.
- Aplicación de nuevas «herramientas» de trabajo (S.I.G.).
- Prospección arqueológica.
- Revisión de Cartas Arqueológicas.

Entre la gran cantidad de estos trabajos cabría destacar, entre otros, algunos de carácter más bien histórico (MANZANO, 1990 y 1991), arqueológico (Zozaya, 1979, 1980 y 1990; y RETUERCE, 1990 y 1995), arquitectónico (SÁEZ, 1993; y MARTÍNEZ, 1990), de ocupación espacial (CABALLERO y MATEO, 1990), o bien, vinculados al trazado viario (ÁLVAREZ y PALOMERO, 1990; OLASSOLO, 1995; y MENÉNDEZ *et alii*, s.a.). Esto nos está dando una acertada visión de esta zona de frontera entre los ss. IX-XI.

ANTECEDENTES HISTORIOGRÁFICOS PARA EL ENTORNO DEL JARAMA

En una primera aproximación, no podemos olvidar lo publicado con un enfoque localista, y que en la mayoría de los casos se comprueba la utilización de la metodolo-

gía arqueológica. De esta manera, tendremos en cuenta lo expuesto sobre el Cancho del Confesionario (CABALLERO, 1977), Colmenar Viejo (COLMENAREJO, 1987), Buitrago de Lozoya (LÓPEZ del ÁLAMO y RUBIO, 1992; MENA y LÓPEZ del ÁLAMO, 1988; PRESAS VIAS, 1990) y Talamanca del Jarama (LANDETE, 1982; RUBIO y LÓPEZ DEL ÁLAMO, 1991).

Sin embargo, existen varios hitos historiográficos vitales para conocer nuestra zona de análisis. El primero de ellos recoge la descripción realizada por una de las figuras españolas de los estudios islámicos. Nos referimos a L. Torres Balbas y su olvidada ruta del Jarama (TORRES BALBÁS, 1960). El siguiente ha llegado a través de la interpretación aportada por L. Caballero y A. Mateo Sagasta (1988 y 1990) sobre el significado de las atalayas de la sierra madrileña. Asimismo, también estamos obligados a citar a otro destacado investigador de esta etapa histórica. En esta ocasión se trata de F. Hernández Jiménez que con dos magníficos artículos nos ha transmitido su interpretación del Fayy al-Sārrāt o Puerto de Somosierra (HERNÁNDEZ JIMÉNEZ, 1962) y de la travesía de la Sierra de Guadarrama en el acceso a la raya del Duero (HERNÁNDEZ JIMÉNEZ, 1973).

Desde aquí, y tomando como punto de referencia nuestro anterior trabajo dedicado a «La ruta del Jarama y su entorno en época andalusí» (MALALANA, MARTÍNEZ Y SÁEZ, 1995), queremos conocer cómo se articulaba el espacio formado por dicho conjunto de atalayas e intentar con ello definir su funcionalidad y significado.

ORGANIZACIÓN DEL ESPACIO EN TORNO AL JARAMA ANDALUSÍ

La reconstrucción completa para época andalusí de la distribución poblacional y defensiva al sur del Sistema Central es difícil. Sobre todo porque su organización se establecía a lo largo de los ejes fluviales, como el del Lozoya-Jarama, orientados norte-sur que ponían en relación la Sierra con el valle medio del Tajo (MALALANA, MARTÍNEZ Y SÁEZ, 1995: 140).

En el espacio aquí organizado destaca como punto de mayor interés Talamanca (fig. 2.11), lugar que fue blanco de diversas expediciones castellano-leonesas que llegaban al valle desde el puerto de Somosierra. Aunque, como ocurre en otros marcos geográficos, a su alrededor se articularían una serie de puntos con muy distinto significado; donde destacamos enclaves como Ribas, Paracuellos, Uceda (fig. 2.17) y Buitrago (fig. 2.7). Dentro de dicha estructuración no podemos dejar a un lado el conjunto formado por las atalayas de El Vellón (fig. 2.2), Arrebatacapas (fig. 2.4), Venturada (fig. 2.3) y El Berrueco (fig. 2.4), a las que habría que añadir otras de las que no quedan vestigios, como las de Torrelaguna (fig. 2.6) (SÁEZ, 1993: 240), El Molar (fig. 2.1) (JIMÉNEZ DE GREGORIO, 1972: 282), pero sí aparecen con claridad en la documentación (CATALINA, 1905: 356).

Dejando a un lado el estudio particular de las atalayas, es necesario conocer la importancia de cada uno de los lugares reseñados. Tanto las fuentes documentales como los datos arqueológicos apoyan la idea tradicional según la que la actual población de Talamanca del Jarama sería el centro administrativo de esta rica zona

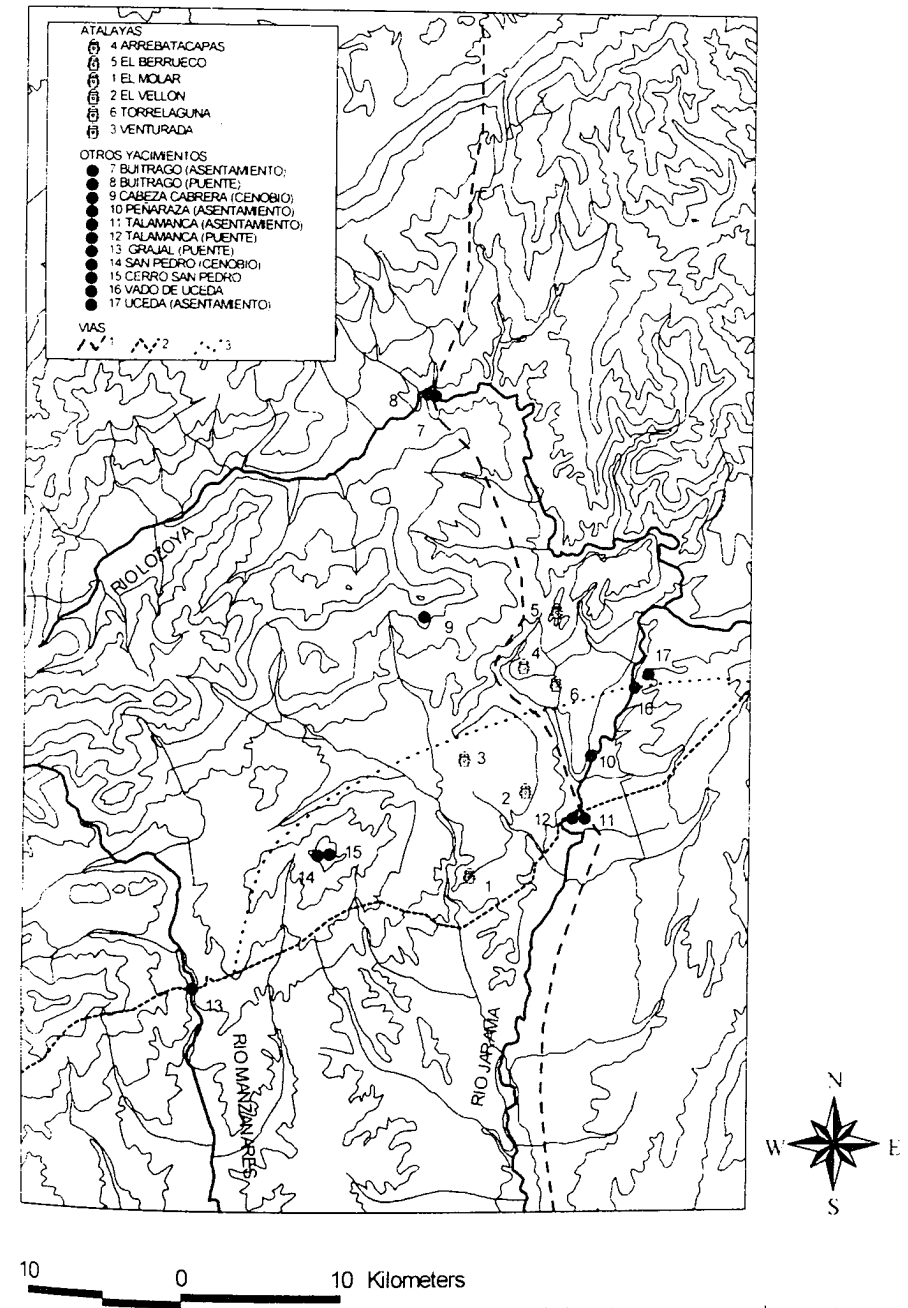


Figura 2. Distribución de vías, atalayas y otros yacimientos.

Figura 2. Distribución de vías, atalayas y otros yacimientos.

fluvial (TORRES BALBÁS, 1960: 241; LANDETE, 1987: 7). Sin embargo, su papel dentro de la organización del territorio y en la defensa de la frontera todavía no está aclarado completamente.

En opinión de J. González (1975: 49), esta población formaría una punta de lanza o vanguardia de un triángulo concebido junto a Guadalajara y Alcalá la Vieja, distantes entre ellas una jornada. En este contexto habría que añadir también la estratégica Uceda, enclave de apoyo a Talamanca en la defensa del paso del Jarama contra las expediciones cristianas dirigidas hacia los valles del Henares y Tajo (PAVÓN, 1984: 131 y 134-138). Este aspecto tiene mayor realce porque, al ejercer un control directo sobre uno de los vados del río (fig. 2.16), aparece como llave de una serie de vías alternativas (MALALANA, MARTÍNEZ y SÁEZ, 1995: 157).

Con un mismo sentido se ha planteado la existencia de una avanzadilla al norte de Talamanca (fig. 2.11). Situado a orillas del Lozoya, y siempre desde el siglo X, Buitrago (fig. 2.8) aparece como atalaya u otero que observaba todo lo que ocurría en el paso de Somosierra (GONZÁLEZ, 1975: 49-50). A pesar de lo que han afirmado una serie de autores (TERRASSE, 1969: 205; JIMÉNEZ y ROLLÓN, 1987: 49; BARRUCAND y BENORZ, 1992: 27), faltan pruebas arqueológicas y documentales que cofirmen la existencia de un hábitat o pequeña construcción defensiva de origen islámico en dicho lugar (MENA y LÓPEZ DEL ÁLAMO, 1988; PRESAS, 1990: 6-13; y SÁEZ, 1993: 132-143). Sin embargo, justo frente a la coracha, y alineados con ella, destacan los restos de un puente mixto de fábrica con tablero de madera ². La parte más interesante es el pilar central, posiblemente de época romana, sobre el que se apoyaría otro más tardío que data de los siglos XI-XII. La existencia de esta estructura permitía el cruce sencillo del Lozoya, lo que habría obligado, en época andalusí, a instalar un punto estratégico de carácter militar en este enclave. Hoy en día, y ante la falta de restos que lo demuestren, esta posibilidad sigue siendo una hipótesis sugerente (MALALANA, MARTÍNEZ y SÁEZ, 1995: 161-163 y 165).

Al sur de Talamanca, hasta la confluencia del Jarama y el Tajo, el sistema no se diluye, sino que se consolida con la presencia de pequeñas fortalezas con reducidos hábitats surgidos al cobijo de sus defensas. Éstas, al igual que la de Uceda, se sitúan en cerretes que se separan, como consecuencia de la erosión, del borde del páramo. La nómina está compuesta, de norte a sur, por el castillo de Malsobaco (Paracuellos del Jarama) (ALONSO, EMPERADOR y TRAVESÍ, 1988: 91-99) al este del cauce y por el castillo de Ribas (Ribas-Vaciamadrid) (ALONSO, EMPERADOR y TRAVESÍ, 1988: 100-104 y PAVÓN, 1983: 378) al oeste. Podría completarse el conjunto con otros puntos cuya entidad defensiva, poblacional y cronológica no ha desvelado aún la arqueología. Entre ellos habría que citar el Cerro de la Boyeriza (San Martín de la Vega) (TURINA y RETUERCE, 1987: 174) y el espolón del páramo sobre la Senda de la Cuba (Ciempozuelos) (CABALLERO y MATEO, 1990: 68). Por último, un asentamiento de mayor entidad sería el de Cervera (Mejorada del Campo), que vigilaba la desembo-

2. Con este término se define el puente que tiene los pilares de fábrica y tablero de madera (MALALANA, 1990: 197).

cadura del Henares y, por tanto, la conexión de la ruta del Jarama con la vía transversal que unía la Marca Media con la Superior a través de los valles del Henares y el Jalón (PAVÓN, 1980: 19-24; RETUERCE, 1982: I, 108; ALONSO, EMPERADOR y TRAVESÍ, 1988: 104-106; MORENO y JIMÉNEZ ESTEBAN, 1990: 421).

Al mismo tiempo, existen otra serie de puntos cuyos topónimos nos hablan de reminiscencias antiguas aunque sin constatación arqueológica, e incluso ejemplos con vestigios de entidad que todavía no han sido estudiados. En todo caso, la ocupación podría ser de carácter estacional, vinculada a labores agropecuarias. Los páramos situados entre los principales valles tendrían seguramente una baja densidad de población, ocasionalmente dedicada a actividades ganaderas. La falta de evidencias precisas no permite, por ahora, plantear otras hipótesis. Los puntos seleccionados serían poblaciones como Ribatejada, Algete, Ajalvir, Cobeña, Daganzo y Valdetorres del Jarama, junto a los despoblados de Almazanejo (Daganzo), Alberruche (Talamanca), Peñarraza (Torrelaguna), Cerro de la Cabeza Gorda (La Cabrera) y el Castro de la Dehesa de la Oliva (Patones). La continuidad de poblaciones preislámicas, mayormente visigodas, en el entorno de la Sierra ha sido planteada por las excavaciones de El Cancho del Confesionario, en Manzanares el Real (CABALLERO, 1977), o Navalvillar, en Colmenar Viejo (COLMENAREJO, 1987).

Esta distribución local no difiere de la existente en otros ejes de la región, interpretándose como una implantación deliberada basada en una unidad espacio-temporal: la jornada de marcha (ZOZAYA, 1987: 226). Entre estos enclaves se distinguen hasta cuatro tipos: núcleos fortificados administrativa y poblacionalmente importantes (Talamanca), núcleos poblacionales fortificados y plazas defensivas de mediano tamaño (Cervera), pequeños enclaves defensivos (Uceda, Malsobaco y Ribas) y atalayas o reducidos enclaves de vigilancia (El Vellón, Venturada, Arrebatacapas, etc.) (ZOZAYA, 1992: 64; y MALALANA, MARTÍNEZ y SÁEZ, 1995: 149-150).

En nuestro caso, aparte del Jarama, otro de los elementos que articularon el espacio fueron los caminos. El primero de ellos es el tradicional que va desde Toledo hacia el Duero a través del puerto de Somosierra (Fa^hŷ al-Sārrāt) (fig. 2, trazo _ _ _). El segundo (fig. 2, trazo -----), que transita casi paralelamente a la vertiente sur del Sistema Central, procede del valle del Jerte, cruzando dicho valle de oeste a este en busca de los páramos de Guadalajara. Y, el tercero (fig. 2, trazo), una posible alternativa al anterior, circularía al norte de Cerro de San Pedro (fig. 2.16), atravesando el Arroyo Albalá hasta adentrarse en el de los Huertos con el fin de cruzar el Jarama por el vado de Uceda (fig. 2.16).

No cabe ninguna duda al respecto, el itinerario más importante es el que cruzaba todo el Jarama siguiendo el eje norte-sur que forma el propio valle. En este sentido habría que valorar positivamente la existencia de una vía romana que unía Clunia y Uxama con el itinerario A-25 de Antonino (JIMÉNEZ GADEA, 1992: 21), pudiéndose incluir en esta ruta los restos del puente romano de Buitrago. Además, lo más probable es que este itinerario siguiera empleándose durante época visigoda, aunque, como ocurre, en líneas generales, con el sistema viario, sufriera cierto abandono y deterioro (ÁLVAREZ y PALOMERO, 1990: 59).

La ruta del Jarama alcanzó un mayor desarrollo durante la época islámica, superponiéndose al trazado romano la posterior organización de la región andalusí. El camino estudiado de manera monográfica por Torres Balbás (1960) ponía en comunicación Toledo y Talamanca con su prolongación hacia Buitrago y Somosierra. Sus propuestas se han mantenido vigentes en posteriores trabajos, sobre todo en lo relativo al aprovechamiento de los sistemas naturales de comunicación (Zozaya, 1987: 225-226).

Así desde Somosierra (al-Fa^h al-Sārrāt), y una vez aceptado el paso por Buitrago (fig. 2.7), el camino buscaría el puente del Lozoya para alcanzar el arroyo de San Vicente. Desde aquí el camino estaba bien jalonado por las torres de El Berrueco (fig. 7.5), Arrebatacapas (fig. 6.4) y Torrelaguna (fig. 8.6). A partir de Talamanca (fig. 2.11), donde cambiaría de orilla a través del puente, ya no abandonaría el valle del Jarama, circulando bajo la protección del resto de las atalayas –Venturada (fig. 5.3), El Vellón (fig. 4.2) y el Molar (fig. 3.1)–, y por las fortificaciones de Mal-sobaco, Cervera, Ribas y otras plazas más al sur.

La segunda vía es la que recorre en paralelo las tierras situadas al sur del Sistema Central. Ésta que proviene del Jerte, recorre los valles del Tietar y de las Iglesias para alcanzar el puente del Grajal (fig. 2.13) en el río Manzanares, desde donde se dirige al puente de Talamanca (fig. 2.12), para orientarse hacia el alto Henares. Interesa recordar ahora que una parte de este itinerario coincide con el camino Talavera-Talamanca ya indicado por al-Idrīsī (Mizal, 1989: 98). En este caso las torres de El Molar (fig. 3.1) y El Vellón (fig. 4.2) cumplirían correctamente la misión de vigilancia sobre la ruta. Por otro lado, Talamanca se reafirmaría como capital de la región al convertirse en un importante nudo de comunicaciones.

El último itinerario perseguiría el tránsito tranquilo fuera de las zonas más densamente pobladas. Su uso podría ser el militar, adquiriendo una mayor utilidad las atalayas de Venturada, Arrebatacapas y Torrelaguna, dando así un sentido más amplio al emplazamiento de Uceda (fig. 2.17).

LOS SISTEMAS DE VIGILANCIA EN LA FRONTERA. LAS ATALAYAS

INTRODUCCIÓN

El del Jarama no es el único conjunto de atalayas de estas características vinculado a la vigilancia de la Marca Media en el entorno del Sistema Central. No cabe duda de que fueron construidos siguiendo un patrón muy similar y en un breve lapso de tiempo. Además, responden, en su vinculación a todo el sistema de fortificaciones de la que fuera vasta región militar de al-Andalus y en la adaptación concreta a sus respectivos problemas estratégicos, a una concepción unitaria de la defensa del territorio y a una lectura precisa de la estructura geográfica sobre la que se distribuyen.

LAS ATALAYAS ENTRE GORMAZ Y MEDINACELI (SORIA)

En Soria se extienden, hasta formar una densa trama, por los páramos y sierras bajas que forman la transición entre el Sistema Central y el Sistema Ibérico, entre la Marca Media y la Marca Superior. Conforman un polígono de más de cincuenta kilómetros de lado cuyos vértices meridionales serían Atienza y Medinaceli. Es una zona de muy difícil protección, sin un obstáculo geográfico de grandes dimensiones que permita concentrar la defensa en torno a unos pocos pasos estratégicos, como si sucede, en cambio, al norte de Madrid. Es una zona donde la frontera formaba una pronunciada cuña entre los territorios andalusíes y donde el eje fundamental de comunicaciones entre ambas marcas se aproximaba con gran riesgo a aquélla, quedando peligrosamente desguarnecido. Así lo entendieron los dirigentes cristianos, que pronto iniciaron sus ataques en este punto, fortaleciendo ya a finales del siglo IX plazas como San Esteban de Gormaz y Osma (Gaya, 1943: 433 y Huete, 1992: 70), y también los andalusíes, quienes, durante el siglo X, dirigieron diversas incursiones de refuerzo a la zona y promovieron la construcción de la red de torres –con varias sobre la propia Osma– y la fortificación de puntos como Gormaz y Atienza (Gaya, 1943: 434; Zozaya, 1984: 675; Lull, Huete y Molina, 1987: 4; y Caballero y Mateo, 1988: 9).

En esta misma área, coexisten con las atalayas cilíndricas otras de mayores dimensiones y estructura rectangular, distribuidas por diversos puntos estratégicos. La mayoría de ellas debieron ser construidas en otro momento y quizá sin objetivos comunes, sin una coordinación general, promovidas por las propias comunidades que se protegían con su edificación (Almagro, 1976: 285). Podría ser el caso de las de Bujarrabal, Fuentearmegil, Noviercas o Torresaviñán y, más al sur, Riba de Saelices. No lo es, en cambio, la de Mezquetillas, alzada como apoyo a Gormaz en época de al-Hakam II (Gaya, 1935: 153).

En la actual provincia de Madrid, sólo podría identificarse con este tipo de torres, y con ciertas reticencias, la de Santorcaz, que, en cualquier caso, sería difícil de vincular con el Jarama (Saez, 1993: 219). En realidad, en Soria lo que se produce es la superposición de dos conceptos de la vigilancia y defensa del territorio, uno más espontáneo y de iniciativa local, por el que cada comunidad se protege de las amenazas exteriores –no todas provenientes necesariamente del norte–, generando la suma de esos esfuerzos una barrera defensiva regional; y otro de concepción unitaria, promovido, sin duda, desde una visión central y homogénea de la frontera. El primero sería reflejo de las tendencias generales que conformaron la política territorial de al-Andalus durante la mayor parte de su historia –agregación de unidades antes que unidad subdividida en territorios– y el segundo del grado de inversión de estas tendencias que lograron imponer los omeyas durante el periodo califal. En toda la región, y no sólo en el caso de Soria, está aún por determinar con precisión el papel que también pudieron jugar los diversos elementos defensivos, y entre ellos las atalayas, en el control de comunidades de distinto signo y con mayor o menor afinidad a los intereses estatales como las mozárabes o las beréberes.

LAS ATALAYAS DEL ENTORNO DE TALAVERA DE LA REINA (TOLEDO)

En el caso de Talavera, el conjunto es de menores dimensiones y tiene una estructura de carácter lineal. Su disposición es transversal al eje de penetración norte-sur ante el que se distribuyen: el camino del Puerto del Pico; aunque longitudinal a las dos vías de circulación naturales entre las que se alzan: los valles del Tiétar y del Tajo, aprovechando precisamente la divisoria de aguas que los separa y el impresionante promontorio del Pico de San Vicente. Su vocación es, sobre todo, la de vigilar y defender esta segunda y más importante vía y están, asimismo, directamente vinculadas con la ciudad que se erige en su «retaguardia»: Talavera de la Reina (MARTÍNEZ, 1992). Sobre todo si tenemos en cuenta que, en el valle del Tiétar, hoy por hoy, no hay restos evidentes de una ocupación de época andalusí, no pareciendo estar integrado en la estructura territorial de al-Andalus mediante una ocupación efectiva de su suelo. Este vacío podría haber sido parcialmente contrarrestado por el control ejercido desde estas atalayas (SÁNCHEZ *et alii*, 1993: 350), control que no sería indiferente, reiteramos, a una posible continuidad de comunidades cristianas.

En este caso toledano, contamos sólo con tres ejemplos que están ubicados «en abanico» alrededor de la vanguardia y flancos de la Talabīra islámica. En el sector noroeste, se sitúa la atalaya llamada de El Casar (MARTÍNEZ, 1990: 153), en el noroeste la de Segurilla (MARTÍNEZ, 1990: 155), y por último, al este la atalaya ubicada sobre el Pico de San Vicente (CABALLERO y SÁNCHEZ-PALENCIA, 1982: 144-163 y MARTÍNEZ, 1990: 136-144). Hoy por hoy, este conjunto cuenta sólo con estos tres ejemplos y no está muy claro que se relacione directamente con los «vecinos» de la serranía madrileña. Sin embargo, sí es posible que tenga una buena visibilidad, y por lo tanto comunicación, con algunos asentamientos existentes a lo largo de la vía, que pasando por el oeste y norte de Talavera de la Reina, correría a enlazar con las cabeceras de los valles del Alberche y Guadarrama, y posteriormente con los accesos a la Trasierra (SÁNCHEZ *et alii*, 1993: 350). Tal es el caso de los conocidos Peña Muñana (Cadalso de los Vidrios) y Amoclón (San Martín de Valdeiglesias).

LAS ATALAYAS DEL JARAMA

El grupo del Jarama reúne algunas de las características de los otros dos anteriores: tiene una disposición en red que lo asemeja con el grupo de Soria, pero se aproxima al de Talavera al concentrar sus esfuerzos en la defensa de una vía de comunicación norte-sur de trazado homogéneo y unívoco –aunque también lo hace con los valles laterales que en ella desembocan– y en bascular en torno a un único asentamiento poblacional: Talamanca.

los ejemplos conservados: el Vellón, Venturada, Arrebatacapas y el Berrueco

El conjunto de atalayas del entorno del Jarama está formado por cuatro torres aún en pie, aunque en desigual estado de conservación, y por otras dos de las que hay

noticias documentales, pero de las que no se conserva ningún resto apreciable. Las cuatro primeras, de norte a sur, son las de El Berrueco (fig. 2.5), Arrebatacapas (fig. 2.4), Venturada (fig. 2.3) y El Vellón (fig. 2.2). Todas tienen una estructura cilíndrica y un zócalo macizo, emplean, cuando es necesario, zarpas de nivelación y presentan, justo por encima del zócalo, un acceso en alto con vano de entrada adintelado. Están huecas en sus tres cuartas partes superiores, espacio que estaría subdividido en tres plantas por suelos de madera. Aún se aprecian los mechinales de las vigas transversales que los sostenían y en alguno de ellos todavía se conservan los rollizos de madera. Estarían coronadas por una plataforma de madera impermeabilizada desde la que el vigía otearía el horizonte. Su aparejo es la mampostería concertada a base de piedra del lugar (neis). No parece que empleen un patrón métrico rígido, aunque las medidas y sus proporciones son muy similares en las cuatro. En el cuadro 1 recogemos, individualizadas, algunas de sus principales características constructivas.

| | El Berrueco | Arrebatac. | Torreleg. | Venturada | El Vellón | El Molar |
|--------------------------|----------------------------|----------------------------|----------------------------|---|------------------------------------|----------------------------|
| Díam. base | 6,2 m. | 6 m. | | 5,7 / 5,4 m. | 6,3 m. | |
| Díam. int. | 3 / 3,3 m. | 3 / 3,4 m. | | 2,8 / 3,1 m. | 3,5 / 3,8 m. | |
| Grosor muro | 1,6 / 1,3 m. | 1,5 / 1,2 m. | | 1,4 / 1,1 m. | 1,3 / 1,1 m. | |
| Alt. conserv. | 9 m. | 11,2 m. | | 9,2 m. | 9,2 m. | |
| Alt. hipotét. | 10,5 m. | 12 m. | | 10,5 m. | 10,5 m. | |
| Alt. zócalo | 3,2 m. | 2,2 m. | | 2,6 m. | 2,5 m. | |
| Alt. pisos | 2,2 / 2,5 / ? | 2,2 / 2,3 / 3,5 | | 2,4 / 2,2 / ? | 2,1 / 2,1 / ? | |
| Alto puerta | | 1,8 m. | | 1,9 m. | 1,7 m. | |
| Arquitrabc | | Viguetas de madera | | Lajas piedra | Dintel con gorroneas y vig. madera | |
| Posic. puerta | Norte | Sur | Sur | Norte | Oeste | |
| Aparejo | Mampostería concertada | Mampostería concertada | | Mampostería concertada | Mampostería concertada y espicatum | Cal y canto |
| Tipo base | Zarpa al sur | Zarpa al N | | Zarpa S y E Parte zócalo en roca natu. | Zarpa escalonada perimetral | |
| Situación | Escarpe roca media mont. | Cuerda descendente | Ondulación fondo valle | Afloramient Pie de Sierra | Afloramient Pie de Sierra | Afloramient Pic de Sierra |
| Recursos actuales | Pasto Monte bajo | Pasto Monte bajo | Zona urbana Cultivos | Pasto Monte bajo | Pasto Cultiv. valle | Pasto |
| Material arqueológico | | Cerám. s. X int. zócalo | | Cerám. med. en torno | Moned. taifa en torno | |
| Coordenadas | 40°52'15" N 03°32'10" O | 40°50'20" N 03°33'40" O | 40°49'50" N 03°32'10" O | 40°47'10" N 03°36'20" O | 40°46'05" N 03°33'30" O | 40°43'10" N 03°36'00" O |
| Alt. s. n. m. | 1030 m. | 925 m. | 744 m. | 946 m. | 950 m. | 881 m. |
| Relación con ruta Jarama | Al E. Proyec. hacia el N. | Al E. Enlace | Al E. Enlace | Al O. Sobre accesos | Al O. Gran proyección | Al O. Sobre vía transver. |
| Cartog. IGN | 484 | 484 | 509 | 509 | 509 | 509 |
| Estado cons. | Muy deterior. | Casi entera | No conserv. | 3/4 | 3/4 | No conserv. |

Cuadro 1. Características de cada una de las atalayas del Jarama.

Los ejemplos desaparecidos

1. ATALAYA DE EL MOLAR

En la cima de la colina que separa a las poblaciones de El Molar y San Agustín de Guadalix, sobre la margen oriental del cauce del río del mismo nombre y con una amplia panorámica sobre las planicies que se extienden al sur de la falla que forma el límite meridional del «pie de sierra», existe un vértice geodésico que lleva el nombre de Atalaya de El Molar (fig. 2.1). No se trata de un mero indicio toponímico, como sucede en tantas ocasiones –por ejemplo, en El Cubillo de Uceda, población situada sobre los páramos de la orilla oriental del Jarama³–, pues es el probable emplazamiento de la torre que es descrita en una encuesta realizada en 1786 por el Arzobispado de Toledo sobre los pueblos de su diócesis, las Relaciones del Cardenal Lorenzana (JIMÉNEZ DE GREGORIO, 1972: 282). Su destrucción ha podido estar motivada por el trazado de la pista que recorre la espina dorsal del cerro –trazado que fue del Camino de Burgos a finales del siglo XVIII, luego abandonado (MENÉNDEZ *et alii*, s.a.: 65)– y por la reutilización de los materiales en cercas y corrales de las inmediaciones (CABALLERO y MATEO, 1990: 68).

2. ATALAYA DE TORRELAGUNA

También, hace poco más de tres siglos, se conservaba una torre cilíndrica con entrada en alto en el centro de la actual población de Torrelaguna (Fig. 2.6). Hoy todo resto de ella ha desaparecido, aunque sus cimientos podrían conservarse en las inmediaciones de la iglesia parroquial, donde aparece representada en un dibujo panorámico bastante fidedigno de principios del siglo XVII (SÁEZ, 1993: 236). Sobre su construcción podrían plantearse dos hipótesis: que se asemejase a la cercana torre de Torritón (término de Torremocha), cuya función pudo ser la de apoyar la repoblación de este sector del valle entre los siglos XII y XIII, cuando la amenaza de una contraofensiva beréber estaba todavía latente⁴; o que perteneciese al entra-

3. En este caso, las *Relaciones Topográficas de Felipe II* (1678) no son muy claras: «...ay una torre y capilla antigua de vóveda todo de ladrillos que no ay memoria de hombres ni escripturas que la hiciesen christians...» (CATALINA, 1905: 267). La descripción hace pensar en una torre de características muy diferentes a las atalayas que nos ocupan, si no en una fortificación de mayor envergadura; el documento hace referencia también a que «...estuvo cercada de ladrillo». A este respecto, véase también: PAVÓN, 1984: 138; ZOZAYA, 1980: 81 y MALALANA, MARTÍNEZ y SÁEZ, 1995: 155.

4. La torre de Torritón, desconocida hasta hace poco, se encuentra sobre la última terraza de la orilla occidental del Jarama, a los pies del cerro Miralrío, en un lugar donde hay restos de asentamientos de diferentes épocas. Sus características constructivas la separan del conjunto homogéneo formado por las otras atalayas. Aunque también ésta es cilíndrica y cuenta con un zócalo macizo y una entrada en alto por la que se accede al cuerpo inferior, es más estilizada, está compuesta por sólo dos cuerpos cubiertos por sendas bóvedas de horno de ladrillo, tiene pequeños vanos de iluminación y presenta un aparejo próximo al sillarejo con una alta proporción de materiales constructivos reutilizados y provenientes de los restos esparcidos por la terraza inmediata (SÁEZ, 1993: 242). La técnica de hiladas regularizadas mediante hileras de ripios recuerda a la empleada en las obras defensivas de época de Alfonso VIII o Fernando III (Plasencia, Talavera de la Reina, Madrid, Sigüenza, Ávila, etc.).

mado de control visual de las atalayas del siglo X y posteriormente un asentamiento de colonos cristianos hubiese crecido a la vera de su protección⁵.

Si atendemos a lo que sucede en otras zonas de la Marca Media andalusí también protegidas por sistemas de vigilancia de este tipo, esta última es la hipótesis más plausible. En la comarca comprendida entre el Duero y las cabeceras del Henares y el Jalón, donde el entramado de atalayas es mucho más extenso y variado como consecuencia de su adaptación a las particularidades geográficas de la región, existen no pocas torres en la parte inferior de los someros valles, aunque siempre sobre pequeñas elevaciones, y algunas han servido después como punto de agregación de una pequeña comunidad.

OTROS EJEMPLOS (COGOLLUDO, TORRELODONES, LA TORRECILLA)

También existen algunas otras atalayas que no llegan a formar verdaderos conjuntos, pero que están vinculadas a la vía longitudinal que uniría, por la falda meridional de la Sierra, a los otros tres grupos mayoritarios (MARTÍNEZ *et alii*, 1996: 170). Se alzan en algunos de los cruces que este camino de origen romano tiene con vías transversales de menor importancia (MALALANA, MARTÍNEZ Y SÁEZ, 1995: 172). Este podría ser el caso, en la provincia de Guadalajara, de la torre que quizá estuvo en el origen de la fortificación de Cogolludo (PAVÓN, 1984: 116 y ZOZAYA, 1992: 62) y de las que aún se alzan en el entorno del río Bornova (PAVÓN, 1984: 114). Y podría ser también el caso, al oeste del Jarama y en las estribaciones de la Sierra de Hoyo, de las atalayas de Torrelozones y del Collado de la Torrecilla (Hoyo de Manzanares) (CABALLERO y MATEO, 1990: 66; y LOZANO, 1991: 61).

Mucho se ha especulado sobre la cronología y la funcionalidad de estas dos almenaras, pues presentan algunas diferencias con las del Jarama, como el ser más estrechas, estar hechas en sillarejo de granito, presentar una cámara adosada y no visualizarse entre sí ni con otra fortificación conocida. Sin embargo, las particularidades constructivas, comunes a las dos, responden sin duda a las distintas prestaciones que ofrece el material con que están edificadas –en cualquier caso, piedra obtenida en el entorno más directo–, también algunas torres del sur de la provincia de Soria presentan indicios de haber tenido cámaras adosadas y, por último, su vocación parece antes la de vigilar el acceso desde el norte de la Sierra que desde las llanuras del sur (SÁEZ, 1993: 123). ¿A quién protegerían en ese segundo caso? Si aceptamos, en cambio, su integración dentro del sistema defensivo de la Marca Media califal, obtendríamos dos buenos puntos de control de las cabeceras del Guadarrama y del Manzanares, respectivamente, y de su conexión con los puertos

5. Así parecen sugerirlo las *Relaciones Topográficas de Felipe II* referidas a Uceda: «Y junto a una de estas torrecillas y atalayas, que estan una legua de esta villa, la qual por estar en un sovaco y abrigo de unos montes que se dicen Calerías (...) y estar en buen asiento, se vino a hacer un lugar que fue aldea muchos años de esta villa de Uceda, y por estar junto a una laguna se llamo de la Torrecilla, y de la laguna de Torrelaguna, que despues se hizo un buen pueblo (...) que es el que oy dia se dice Torrelaguna» (CATALINA, 1905: 356).

de Tablada y Fuenfría. Además, en sus inmediaciones, la vía transversal antes citada cruzaría ambos ríos en dirección a Talamanca. Los puentes de Alcazorra (Galapagar) y El Grajal (fig. 2.13) (Colmenar Viejo) así lo confirman. La distancia y la interposición del Cerro de San Pedro (fig. 2.15) anulan cualquier posibilidad de conexión entre la torre de Hoyo y el grupo del Jarama. Tampoco sobre dicho cerro, que constituye, no obstante, una excelente atalaya natural, se conservan indicios de este tipo de construcciones, aunque sí de un posible eremitorio mozárabe (fig. 2.14), que estaría en el origen del topónimo (COLMENAREJO, 1987).

CLASIFICACIÓN CULTURAL DE LAS ALMENARAS

Como ya hemos señalado, y más allá de las dudas que pueden suscitar algunos casos particulares, hoy parece fuera de discusión que estos conjuntos de atalayas fueron elevados durante el periodo andalusí y, más concretamente, durante la época califal, si atendemos a la vasta extensión del sistema y a su homogeneidad, que sólo podrían responder al impulso y a la coordinación de un fuerte poder central.

La lectura de su distribución geográfica es inequívoca. Para las de Soria hay referencias directas bastante tempranas en las crónicas cristianas (LLULL, HUETE y MOLINA, 1987: 5). Aparecen citadas en la *Primera Crónica General* (GAYA, 1944: 125) o en la *Crónica Silense*, cuando hace referencia a una incursión de Fernando I en 1059 (CASARIEGO, 1985: 151), o en el *Cantar de Mio Cid* (MICHEL, 1976: verso 398).

En el caso talaverano, junto al similar aparejo y morfología de las torres, contamos con el comentario de un curioso documento en el que se hace mención de un lugar llamado «las atalayas». El texto corresponde a la *Crónica de la población de Avila* y nos habla de las peripecias que pasa el caballero abulense Nalvillos para recuperar a su mujer raptada anteriormente por el gobernador almorávide de Talavera, poco después de la conquista de esa ciudad por parte del sultán `Ali b. Yusuf. Por lo tanto la fecha en que acaece este hecho novelado habría que situarla algo después del año 1111 (HERNÁNDEZ SEGURA, 1966: 11-12). Se trataría por lo tanto de unas almenaras que todavía seguirían en pie y uso por aquellas fechas, y que sin dificultad podemos asociar a las ya mencionadas de Segurilla y El Casar (MARTÍNEZ, 1996).

Las referencias documentales a las de Madrid no aparecen hasta más tarde ⁶, sin embargo, el registro arqueológico nos presenta unas fechas algo anteriores. Del siglo XI es una moneda encontrada en las inmediaciones de la atalaya de El Vellón durante la realización de la Carta Arqueológica de este término municipal ⁷. La cerámica recogida en el entorno de esta misma torre y de la de Venturada y, sobre todo,

6. Las primeras noticias claras se corresponden, sin embargo, con las más occidentales. En el Libro de la Montería de Alfonso XI se hace mención al «...berrocal de la Torre de Ladones...», que es «...buen monte de osso en yvierno...», y a «...la Torreziella del atalaya que esta entre Maçanares et el Hoyo...» (MONTÓYA, 1992: 466 y 468). Esta última podría ser la que aparece también citada en otros documentos de los siglos XIII y XIV como «Torreziella de Navahuerta».

7. Información que agradecemos al director de este trabajo, don Javier Pastor.

la que podría haber formado parte del relleno de la de Arrebatacapas, vaciado por unos clandestinos con extrañas inquietudes, ha sido fechada en el siglo X (CABALLERO y MATEO, 1990: 74). Los análisis de carbono-14 realizados a partir de muestras de madera de los rollizos de las vigas que sostenían el suelo de las divisiones interiores de las atalayas han arrojado una fecha descabellada para la de Bayubas de Abajo (Soria) y más sugerente para la de Arrebatacapas: en torno al año 950+/-50 de nuestra era (CABALLERO y MATEO, 1988: 13). Esta fecha coincide, significativamente, con el gobierno de `Abd al-Rahmān III, a quien se atribuye una considerable reorganización de las marcas fronterizas, no sólo con el fortalecimiento y ampliación del sistema defensivo (IBN HAYYĀN, 1981: 343-4 y 349), sino también con medidas repobladoras y la explotación más exhaustiva de los recursos de estas zonas (CABALLERO y MATEO, 1990: 72). Durante la segunda mitad del siglo IX y la primera del X, se habían incrementado las ofensivas cristianas contra puntos neurálgicos de la frontera. En el 860, el conde Rodrigo había llegado ya hasta Talamanca (PÉREZ DE URBEL y ARCO, 1971: 69). En los años 918 y 924, el monarca asturiano Ordoño II se dirigió a Talabīra con intención de tomarla. Aunque no llegó a conseguirlo, si infligió un duro castigo a sus defensores (JIMÉNEZ DE RADA, 1968: 95).

LA APLICACIÓN DE LOS SIG EN EL ESTUDIO DE LA FUNCIONALIDAD DEL SISTEMA DE ATALAYAS

APLICACIONES DEL PROGRAMA

Para el trabajo realizado por medio de Arcview se parte de un Modelo Digital del Terreno realizado en ArcInfo y que cuenta con las capas de hidrografía, altimetría, yacimientos y anteriores vías.

Como ya se ha comentado en páginas anteriores, en este estudio hemos hecho uso de la aplicación «visibilidad» que nos ofrecía el mencionado programa. Como se plantea en las figuras que a continuación presentamos, se ha obtenido para cada almenara en cuestión una figura donde se refleja el espacio de terreno alrededor que se podría visualizar desde cada una de ellas por debajo de su cota de altura. Asimismo, se plantea una figura (fig. 9 y 10) en la que queda reflejada la visibilidad obtenida desde el conjunto de todas las atalayas.

FUNCIÓN DE LAS ALMENARAS

Tras el estudio detallado de la información que nos ha ido proporcionando la aplicación utilizada, hemos llegado al convencimiento de que las almenaras tratadas en este trabajo –así como el conjunto para que fueron concebidas– tuvieron diferentes funciones o finalidades, que presentamos a continuación a modo de hipótesis. Por lo tanto, estas finalidades básicas nos ayudarán a entender el significado

de estas torres dentro del microespacio que se organizó en el entorno del Jarama y dentro de la Marca Media.

La primera recoge la visibilidad que pueda tenerse de cada una de las atalayas desde cualquier punto situado dentro de los cauces del Lozoya, Jarama y Guadalix.

La segunda, íntimamente relacionada con la red de caminos que atravesaba la zona de estudio, plantea la función de estas estructuras como hitos o referencias ópticas, transmitiendo al viajero una sensación de seguridad y protección al transitar por estos itinerarios, marcándole asimismo la dirección a seguir. Estas vías –indicadas ya anteriormente– son las siguientes: la ruta del Jarama (TORRES BALBÁS, 1960; MALALANA, MARTÍNEZ y SÁEZ, 1995) hacia la raya del Duero por Fayy[^] al-Sárrát o Puerto de Somosierra (HERNÁNDEZ, 1962 y 1973; FRANCO, 1993), denominada en este trabajo como VÍA I; la vía longitudinal al sur del Sistema Central, denominada en este trabajo como VÍA II; con un camino alternativo o variante que denominamos VÍA III (MALALANA, MARTÍNEZ y SÁEZ, 1995).

La tercera función, complemento de las anteriores, sería la visibilidad que se tiene desde cada atalaya hacia las zonas aledañas, principalmente para la detección de los posibles ataques exteriores; así como la relación visual directa existente entre todas las torres de este sistema y las poblaciones de Talamanca y Uceda (fig. 9 y 10).

Otra de las finalidades, aunque no va a ser tratada en el presente estudio, sería la comunicación de este grupo de torres con otros cercanos, como los casos de Talavera, Guadalajara, Soria e incluso con las hipotéticamente dipuestas en zonas al sur del Jarama.

ANÁLISIS DE LA DISTINTAS VISIBILIDADES

EL MOLAR (894 M.) (FIG. 3)

1.ª Finalidad

Buena visibilidad desde una amplia zona de los valles del Jarama y Guadalix hacia la atalaya, existiendo una zona «oscura» desde el cauce del Jarama, un poco antes de su confluencia con el Guadalix.

2.ª Finalidad

- VIA I: La almenara sería perfectamente visible al N y NW en todo el recorrido de la ruta por el Jarama, desde la población de Talamanca hacia el puerto de Somosierra (Fayy[^] al-Sárrát) y el Duero.
- VIA II: La torre sería visible desde un poco antes del cruce del río Guadalix, y desde el paso por Talamanca de Jarama hasta la vertiente occidental de los páramos situados al este del Jarama.

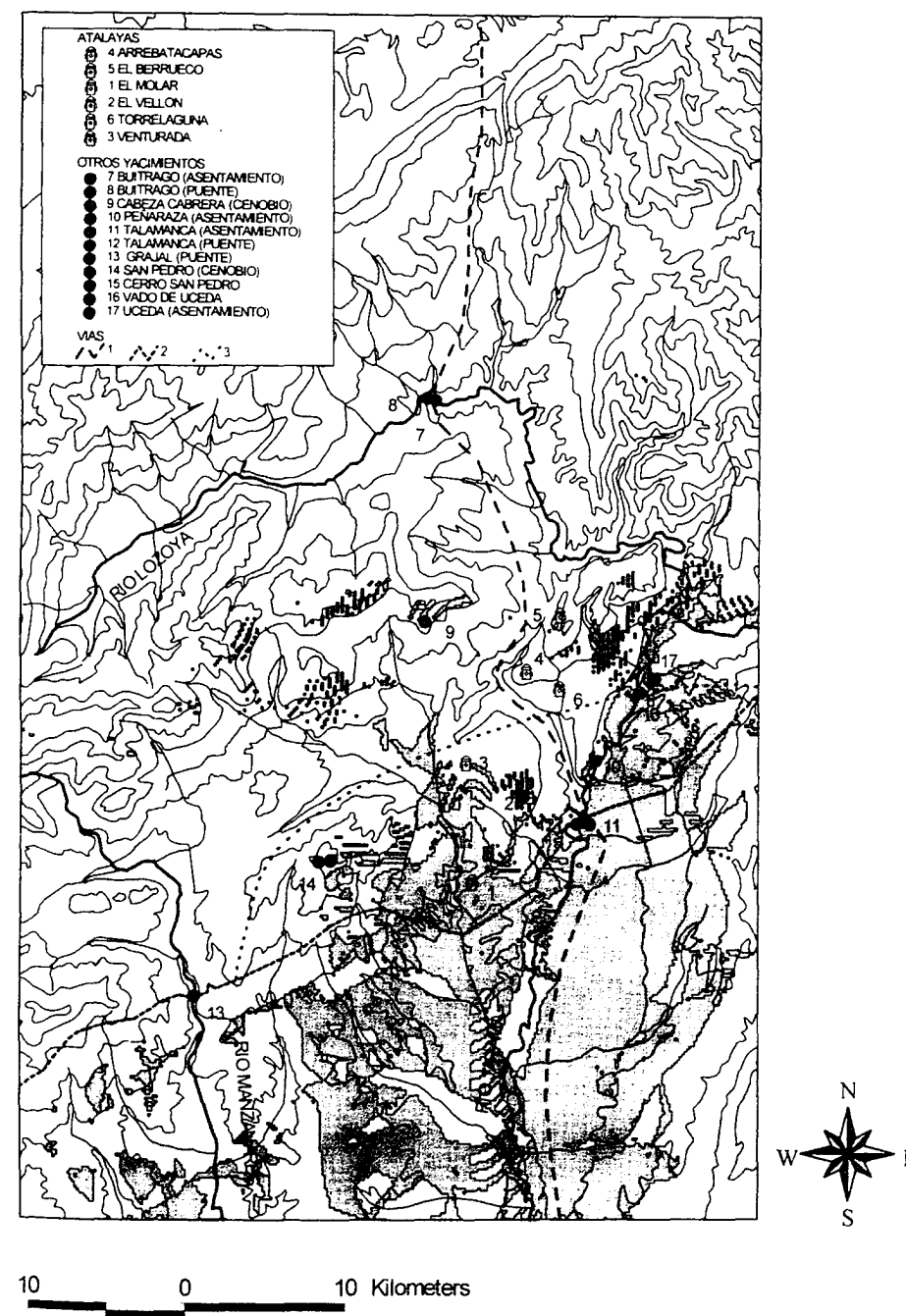


Figura 3. Visibilidad desde la atalaya de EL MOLAR.

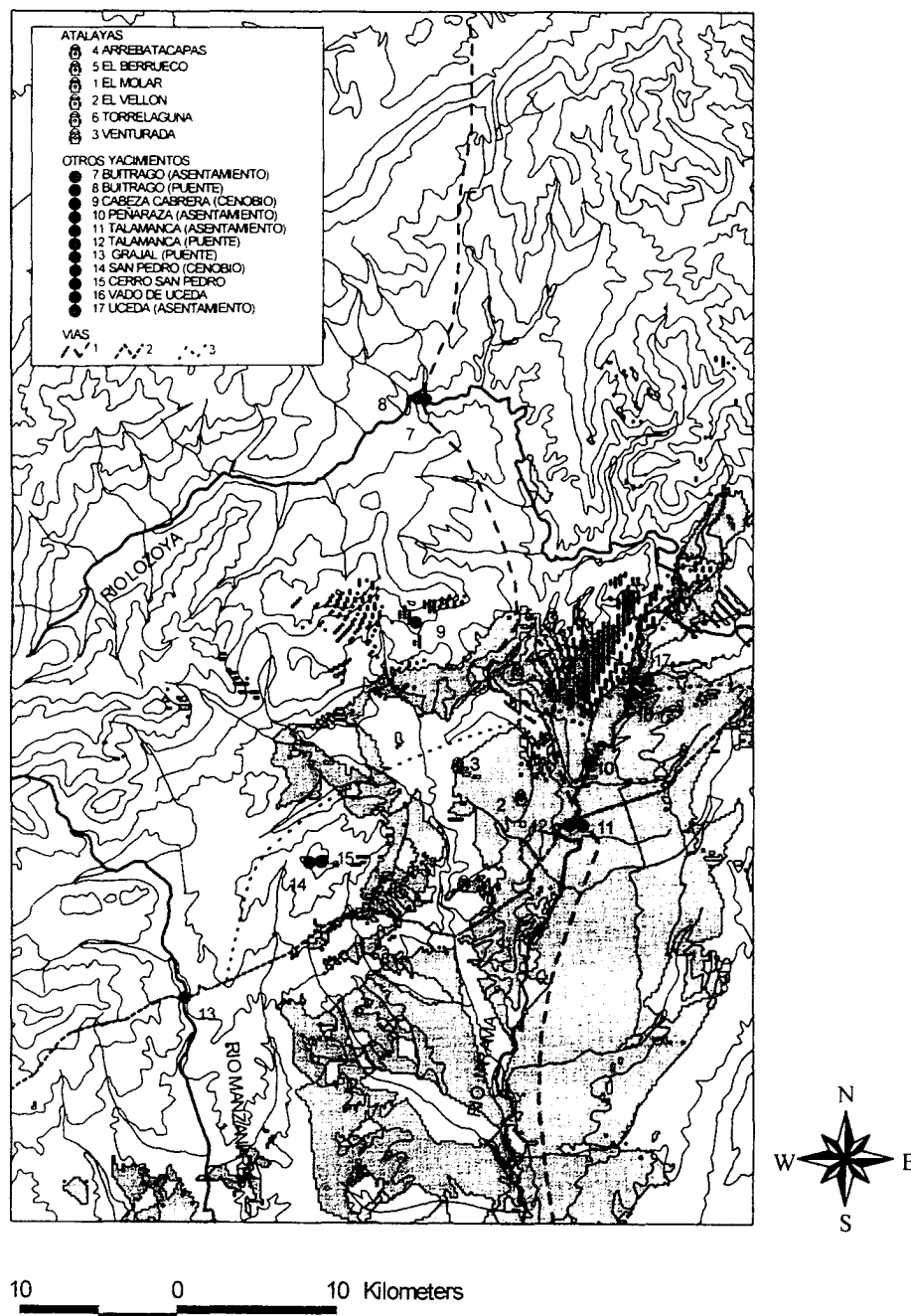


Figura 4. Visibilidad desde la atalaya de EL VELLÓN.

– VIA III: En principio, pensamos que esta torre no sería visible desde la casi totalidad de este itinerario alternativo.

3.ª Finalidad:

La cabecera del Guadalix no es visible desde El Vellón, pero sí lo sería desde El Molar.

EL VELLÓN (963 m.) (FIG. 4 Y LÁM. 1)

1.ª Finalidad

La torre es bien visible desde el SE y el E del valle del Jarama hasta los altos orientales, así como desde parte del espacio comprendido entre los cauces del Guadalix y del Jarama a la altura de su confluencia. Es visible también desde la totalidad del cauce del Jarama, desde el límite sur (por encima de Paracuellos de Jarama) hasta la desembocadura del Lozoya y Uceda.

2.ª Finalidad

- VIA I: Visible desde casi la totalidad del valle del arroyo de San Vicente -desde su cabecera, al norte, hasta su confluencia con el Jarama, al sur, aunque existen algunas zonas «oscuras». Este vacío sería subsanado por la ubicación de otras torres complementarias: al sur de Talamanca de Jarama se complementa con la -hoy desaparecida- de El Molar, y al norte de Talamanca, con la de Arrebatacapas.
- VIA II: Es visible desde poco después de vadear el Guadalix, desde los páramos entre ambos valles, desde la zona de paso de Talamanca (Lám.2) y desde el límite del valle del Jarama (Torete).
- VIA III: En este caso la visibilidad es bastante nítida a partir del último tramo de esta vía, es decir, desde algo después del cruce con la VÍA I (Talamanca-Puerto de Somosierra) hasta las tierras de Guadalajara.

3.ª Finalidad

Desde esta almenara se tiene una buena visibilidad de las que hay a septentrión (Torrelaguna y Arrebatacapas) (fig. 2.4 y 6).

VENTURADA (959 m.) (FIG. 5 Y LÁM. 3)

1.ª Finalidad

La proyección de la torre se debió plantear sobre el curso medio-alto del río Guadalix, en concreto hacia la zona más noroccidental, que se corresponde con un entorno bien irrigado de tipo «nava» o «dehesa» y por lo tanto con una hipotética

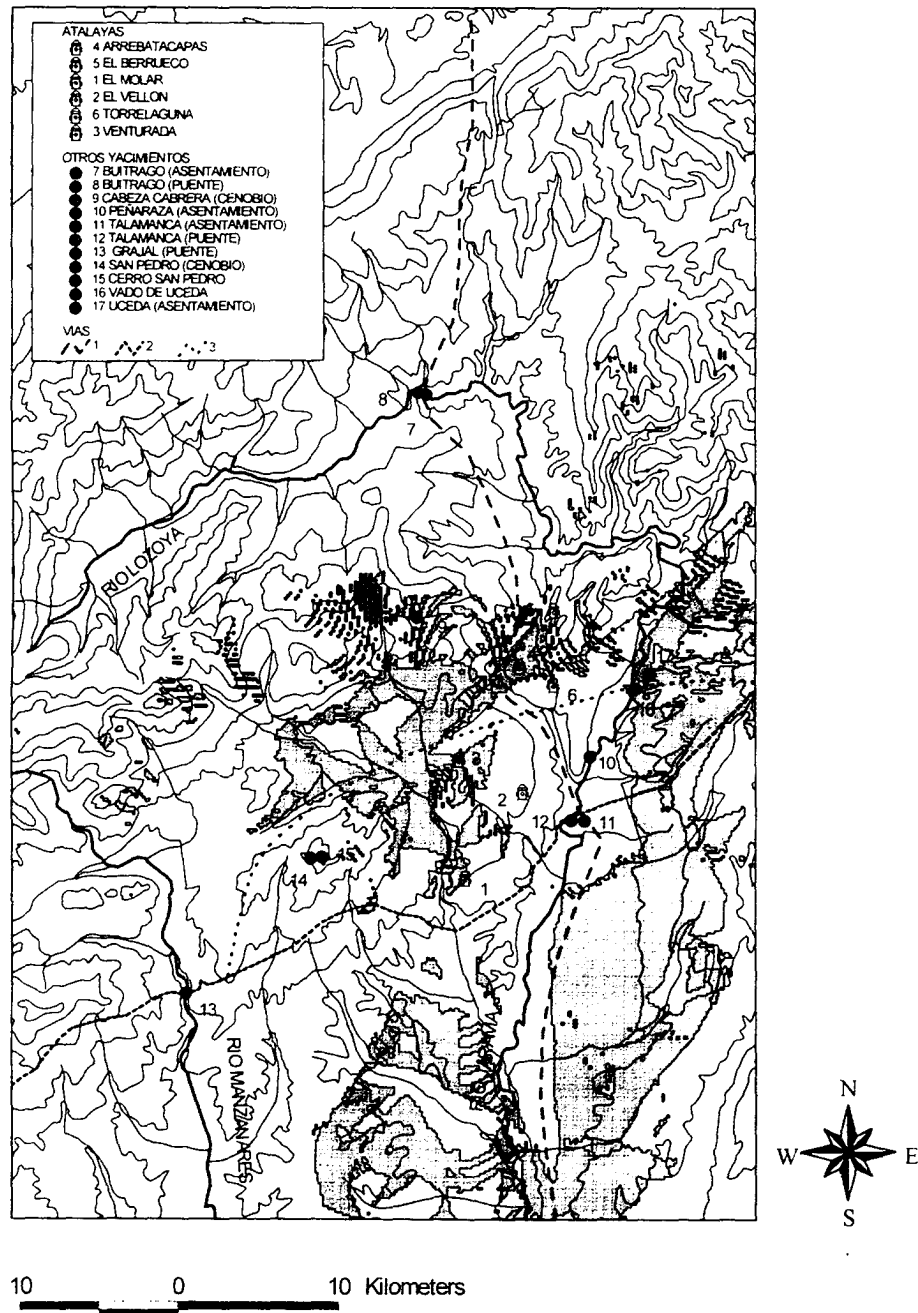


Figura 5. Visibilidad desde la atalaya de VENTURADA.

dedicación ganadera. Por otro lado, no tiene casi proyección a ser vista desde el cauce del Jarama, a excepción de puntos alejados como Uceda.

2.ª Finalidad

- VIA I: No es visible a lo largo de todo su recorrido a excepción de dos puntos concretos. En primer lugar, la parte baja del cauce del Jarama a septentrión de Paracuellos; y, en segundo lugar, la parte suroriental de la atalaya de Arrebatacapas.
- VIA II: No es visible desde su recorrido, a excepción del último tramo, a partir de Valdepiélagos y Cubillo de Uceda.
- VIA III: Al tener esta almenara una vocación sobre todo al occidente, es perfectamente visible en el segundo tramo de este itinerario a su paso por el valle del río Guadalix.

3.ª Finalidad

Buena visibilidad de la vecina torre de Arrebatacapas.

ARREBATACAPAS (938 M.) (FIG. 6 Y LAM. 4)

1.ª Finalidad

La proyección en este caso está planteada hacia los pequeños valles limítrofes del Jarama como el cauce del arroyo de San Vicente, que recorre la zona aproximadamente en dirección norte-sur. Entre éstos podemos destacar: el valle de las Huertas y el valle del Alfrecho del Molino. Asimismo, es perfectamente visible desde los territorios comprendidos entre los asentamientos de Uceda y Torrelaguna. En el entorno del cauce del Jarama también la torre es perfectamente visible, quedando algunas zonas significativas «en sombra» como el yacimiento de Peñaraza (fig. 6.10), ubicado sobre la colina de Mirarío, y la importante localidad de Talamanca de Jarama.

2.ª Finalidad

- VÍA I: Se reconoce una clara complementaridad con la vecina atalaya de El Berrueco. Desde Arrebatacapas se establece un perfecto control y vigilancia de esta vía I desde que realiza su paso por el sur de la atalaya de Torrelaguna, continuando con el camino por el arroyo de San Vicente, y hasta que corona el collado de Peñalmojón, tomando posteriormente el camino directo hasta Buitrago. Por lo tanto, un aspecto claro es que la vinculación de esta atalaya a la vía se plantea estrictamente en este pequeño tramo, aunque la visibilidad se prolongaría hacia el meridional.

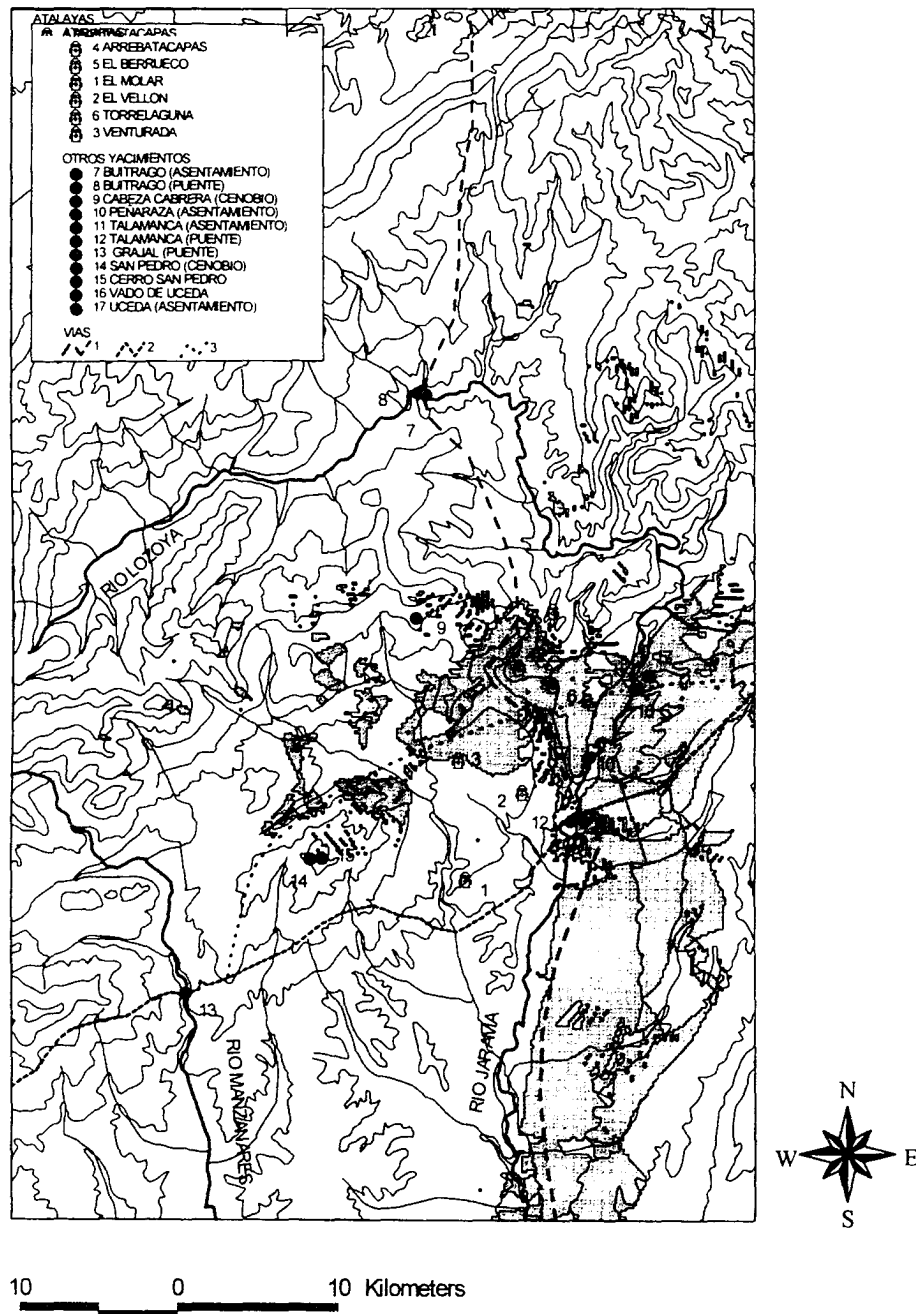


Figura 6. Visibilidad desde la atalaya de ARREBATACAPAS.

- VÍA II: No se plantea una vinculación directa entre el recorrido de esta vía y la atalaya de Arrebatacapas.
- VÍA III: Por el contrario, en el caso de la vía alternativa, Arrebatacapas tendría también una clara función como punto de referencia para el sector más oriental. Asimismo, desde esta atalaya se ejerce una perfecta visión del paso del río Jarama a la altura del llamado Vado de Uceda (CATALINA, 1905: 354-356) (fig. 6.16).

3.ª Finalidad

Tiene visibilidad directa con las de Venturada y El Berrueco, formando las tres un triángulo sobre el valle de San Vicente y las tierras altas de sus vertientes. La de Arrebatacapas sirve de conexión y retaguardia de las otras dos.

EL BERRUECO (1043 m.) (FIG. 7 Y LÁM. 5)

1.ª Finalidad

En este primer caso tiene una importante vocación vinculada hacia la zona septentrional, en concreto cara a las poblaciones asentadas a lo largo del camino a Buitrago, el curso medio del Lozoya y el antiguo paso de Fayy al-Sárrât (puerto de Somosierra).

Hay que resaltar, con sorpresa, que desde esta atalaya no se llegarían a divisar el puente y el enclave de Buitrago (fig. 7.7 y 8), por lo que sería necesario la existencia de otro punto intermedio entre éstos que permitiese una comunicación desde aquella «punta de lanza» al resto de almenaras.

Una amplia zona desde la que sería perfectamente visible la almenara de El Berrueco sería la ribera oriental del río Jarama entre las localidades de Uceda (fig. 7.17) y Talamanca del Jarama (fig. 7.11), y hasta las cotas más elevadas ya en la actual provincia de Guadalajara.

Otro aspecto a resaltar es la importancia que tendría la visibilidad desde El Berrueco hacia el cauce medio del Lozoya, sobre todo en caso de posibles incursiones que no pudiesen cruzar este cauce por el puente de Buitrago (fig. 7.8) y pretendiesen hacerlo por el desfiladero del Pontón de la Oliva (MALALANA, MARTÍNEZ y SÁEZ, 1995: 157).

2.ª Finalidad

- VÍA I: Como ya se ha comentado al analizar la 1ª finalidad, la función de esta atalaya se plantea eminentemente hacia las zonas cruzadas por los cauces del Lozoya y Guadalix.

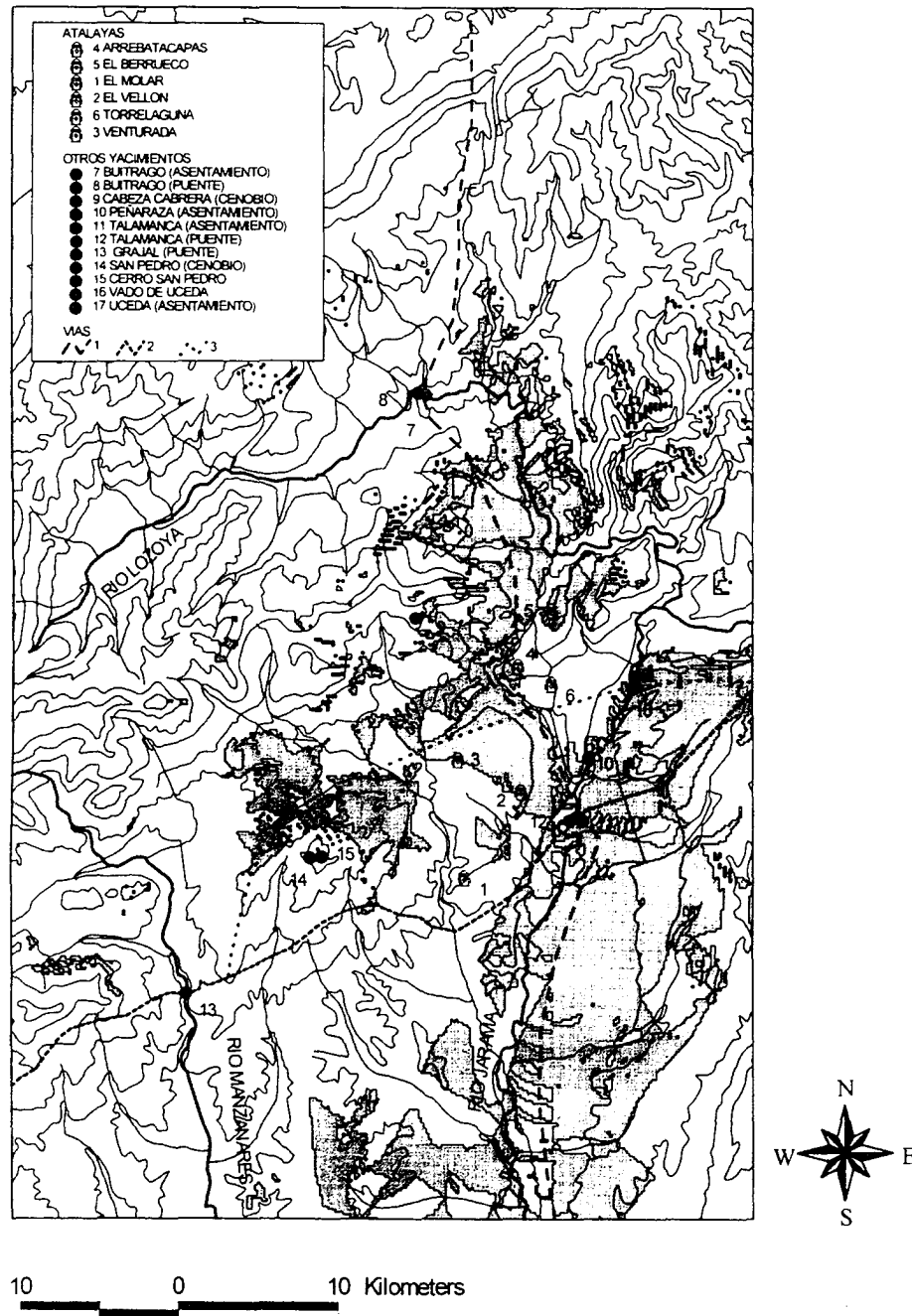


Figura 7. Visibilidad desde la atalaya de EL BERRUECO.

No presenta ningún vínculo, por su posición al norte del sistema con las VÍAS II y III.

3.ª Finalidad

Tiene comunicación directa con la atalaya de Arrebatacapas a través de la parte alta del valle de San Vicente, del que domina todas las vertientes, especialmente las tierras que forman la base meridional de La Cabrera. Su proyección hacia el Lozoya ya ha quedado resaltada.

TORRELAGUNA (744 M.) (FIG. 8)

1.ª Finalidad

Por sus características tiene un ámbito de influencia muy limitado, quedando reducida a una estrecha franja a ambos lados del arroyo de San Vicente, comprendida entre su confluencia con el de las Huertas hasta la meseta de Mirarío. La proyección real sería cubrir las sombras dejadas por las atalayas de El Vellón (fig. 8.2), Venturada (fig. 8.3) y Arrebatacapas (fig. 8.4).

2.ª Finalidad

- VÍA I: Su aportación es muy marginal y vendría a sustituir, en un corto tramo, a la de El Vellón (fig. 8.2) y a la de Arrebatacapas (fig. 8.4).
- VÍA II: Es muy probable que esta torre no fuera visible desde esta vía.
- VÍA III: En esta ocasión sí tiene una mayor utilidad, pues dicha ruta no puede ser seguida en un 100% por las almenaras anteriormente mencionadas, cubriendo una buena parte del itinerario hacia Uceda (fig.8.17).

3.ª Finalidad

Al estar en una pequeña depresión, la visibilidad al resto del sistema de almenaras sería parcial, sin embargo, a través de su visibilidad directa con Venturada y El Vellón, podría recibir perfectamente cualquier señal de alarma. Carece por lo tanto de visibilidad directa con El Berrueco y El Molar, siendo el caso de Venturada una posibilidad alternativa.

ANÁLISIS CONJUNTO DE LAS ATALAYAS. CONCLUSIONES

Una vez analizadas las prestaciones individuales que aportaban cada una de las atalayas, el siguiente paso es estudiar su combinación como conjunto.

Con respecto a la red viaria, recordemos que la ruta del Jarama es el principal itinerario, atravesando el valle de norte a sur con el fin de acceder al Duero por el Puerto de Somosierra. Una vez adentrados en el Jarama, a la altura de

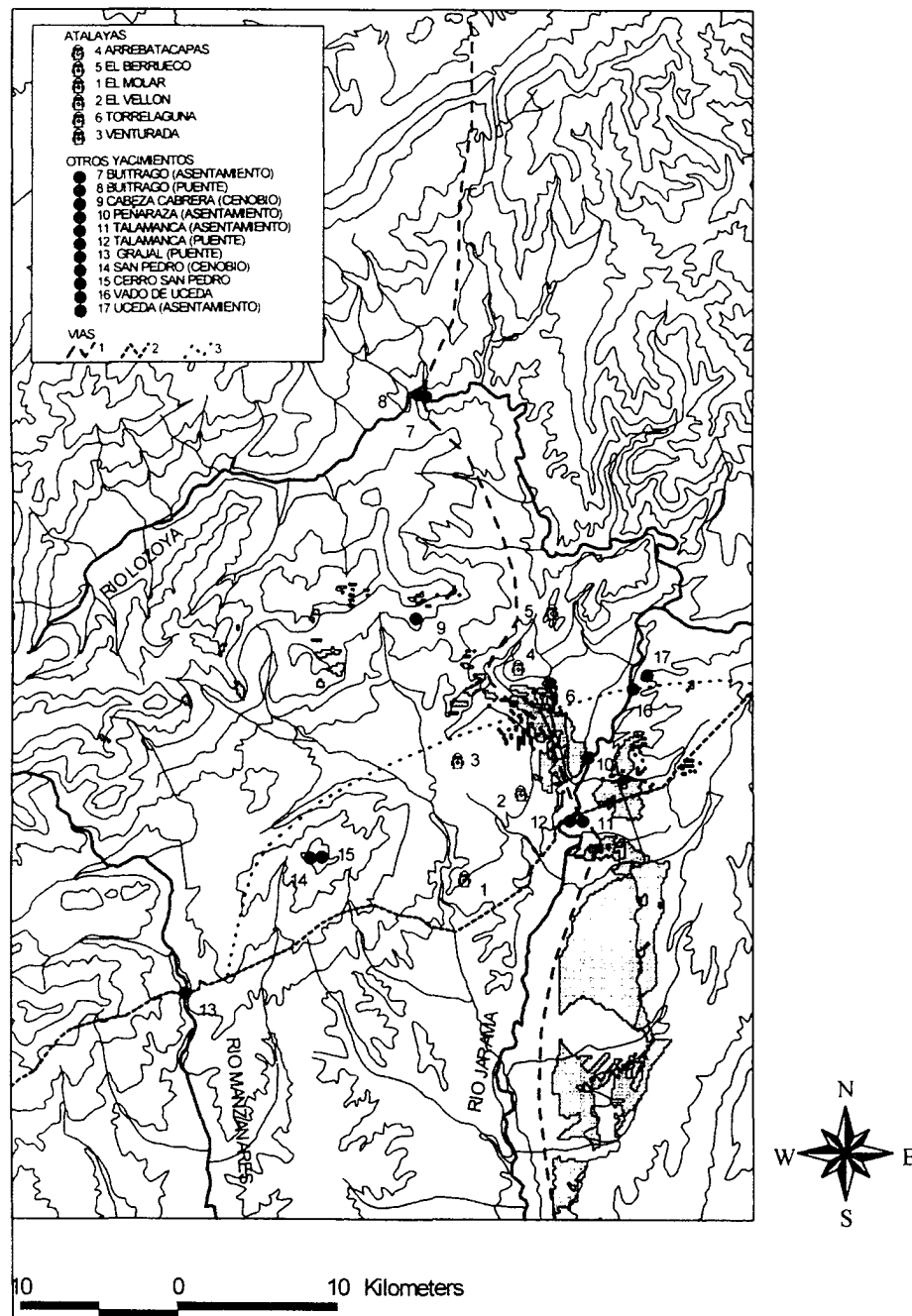


Figura 8. Visibilidad desde la atalaya de TORRELAGUNA.

Valdetorres, las atalayas cumplen una doble funcionalidad. Antes como enclaves de vigilancia, después como puntos o hitos de referencia con los que el viajero podía orientarse.

El primer hito es El Molar (fig. 3.1), que desempeña dichas funciones hasta Talamanca (fig. 3.11), siendo visible hasta el puente sobre el Jarama (fig. 2.12 y 3.12). No obstante, desde un poco antes, actúa conjuntamente con la de El Vellón, que es perceptible hasta el cauce bajo del arroyo de San Vicente (fig. 5.2). Aquí, se funde con la de Torrelaguna (fig. 8.6), aunque muy levemente, pues es la de Arrebatacapas la que asienta por encima de una de las etapas más complicadas de este itinerario (fig. 6.4). Se trata de un estrecho paso que aparece como llave que comunica entre sí los cauces del Jarama y del Lozoya (lám.6). Es en este espacio donde la atalaya de Venturada surge como un elemento de apoyo desde el sureste (fig. 5.3). Una vez atravesado dicho paso toma el relevo la de El Berrueco, que se recorta sobre una gran extensión del Lozoya, hasta un poco antes de Buitrago (fig. 7.5).

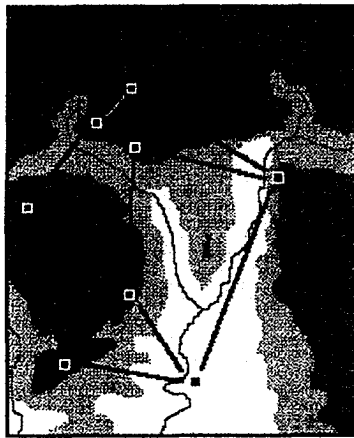
El esquema se repite, aunque de una manera más limitada, en la vía longitudinal (VÍA II indicada anteriormente). En esta ocasión tan solo aparecen las de El Molar (fig. 3.1) y El Vellón (fig. 4.2), sobre todo en el trayecto comprendido entre el río Guadalix y las primeras tierras del páramo de Guadalajara. La primera de ellas sirve de punto de referencia hasta unos kilómetros antes de atravesar el puente del Jarama. A partir de aquí, toma el relevo la segunda hasta alcanzar el Cubillo de Uceda.

La última ruta (VÍA III), o variante norte a la transversal (VÍA I), entra en el valle a través del Arroyo de las Huertas y alcanza el Vado de Uceda (fig. 2.16). Desde algunos kilómetros antes de llegar al Jarama, el viajero tiene como hito la atalaya de Venturada (fig. 5.3). Ya dentro del nuestra zona comparte campo visual con la de Arrebatacapas (fig. 6.4) hasta alcanzar una serie de «zonas muertas» que son cubiertas por la de Torrelaguna (fig. 8.6). A partir de aquí, será la fortaleza de Uceda quien asuma estos aspectos (fig. 8.17).

Asimismo, el estudio de las atalayas del Jarama-Lozoya se completa con el sistema conjunto de vigilancia que tiene como fin primordial el control y el aprovechamiento del territorio (fig. 9: visibilidad total). Siguiendo un sentido norte/sur en la distribución de las mismas, y sin dejar a un lado la observación de la figura 10, la torre de El Berrueco (fig. 9.5) se sitúa frente al puerto de Somosierra, siendo el vértice más septentrional de un polígono imaginario. Por si sola no cubriría zonas más al sur de las Calerizas, por ello debe enlazar con la de Arrebatacapas (fig. 9.4) y con Uceda. Así, se va saltando de torre a torre hasta alcanzar el punto más meridional que es Talamanca (fig. 9.11).

En síntesis, el objetivo fundamental del establecimiento de estos sistemas de control visual, como venimos reiterando, no es otro que proteger las zonas pobladas del sur del Sistema Central de los eventuales ataques cristianos provenientes del norte, anticipando la vigilancia ejercida por las principales fortificaciones: Talavera, Talamanca, Atienza o Medinaceli⁸. En el caso del Jarama, la cuestión no ofrece

8. En la zona de Soria, el refuerzo de Gormaz, según las variables cronológicas que estamos barajando, respondería a una iniciativa posterior.



| | | | | | | |
|-----------|------------|-----------|-----------|----------|-------|------------|
| | | | | | 5,7 | Uceda |
| | | | | 8,7 | 3,8 | El Molar |
| | | | 2,7 | 5,8 | 2,5 | El Vellón |
| | | 3,7 | 6,4 | 3 | 4,8 | Torrelag. |
| | 3,9 | 2,2 | 3,6 | 6,6 | 4,6 | Venturada |
| | 3,5 | 1,2 | 4 | 6,6 | 4,1 | Arrebata. |
| 2,2 | 5,7 | 2,4 | 6 | 8,6 | 3,6 | El Berruc. |
| Arrebata. | Venturada. | Torrelag. | El Vellón | El Molar | Uceda | Talamanca |

Figura 9. Distancia entre las atalayas y las principales fortificaciones de la zona.

dudas. Las atalayas se alzan todas en la orilla occidental⁹, en torno al arroyo de San Vicente, por donde circularía el camino de Somosierra (MALALANA, MARTÍNEZ y SÁEZ, 1995: 167). No parece probable que esta ruta siguiera el curso del Lozoya hasta el angosto paso por donde vierte sus aguas en el Jarama. En cualquier caso, este punto estaría bien vigilado por el castillete de Uceda (PAVÓN, 1984: 131), que también protegería de posibles incursiones por el valle alto del Jarama desde la Sierra de Ayllón. Uceda constituye el contrapunto oriental de las atalayas al norte de Talamanca. Además, el trazado NE-SO de la Sierra de Guadarrama hace que el flanco occidental del asentamiento más importante del valle sea el más desprotegido, pues las cabeceras de los ríos Manzanares y Guadalix, presumiblemente desocupadas, permitirían un cómodo acceso hacia el oeste desde los puertos de Navafría o Tablada.

9. Ya hemos analizado más arriba, en la orilla oriental, el caso de El Cubillo de Uceda. No parece probable que, a parte de las seis atalayas cuya existencia es más evidente -cuatro conservadas y dos con referencias directas en las fuentes documentales-, hubiese habido alguna más. Con estas seis, una vez analizadas las posibilidades topográficas del espacio que se pretendía vigilar, el grupo parece completo. Aunque nunca se puede descartar definitivamente la aparición de nuevos restos, la ausencia de hallazgos al respecto durante la realización de la Carta Arqueológica de la Comunidad de Madrid de los términos de esta zona y la revisión toponímica que hemos realizado reducen notablemente las posibilidades de que ello suceda. Elevar los datos de la toponimia a la categoría de evidencias nos parece excesivo (SÁEZ, 1993: 124); sin embargo, esta práctica se sigue utilizando en publicaciones recientes (ZOZAYA, 1990: 198; BERMEJO y MUÑOZ, 1994: 225).

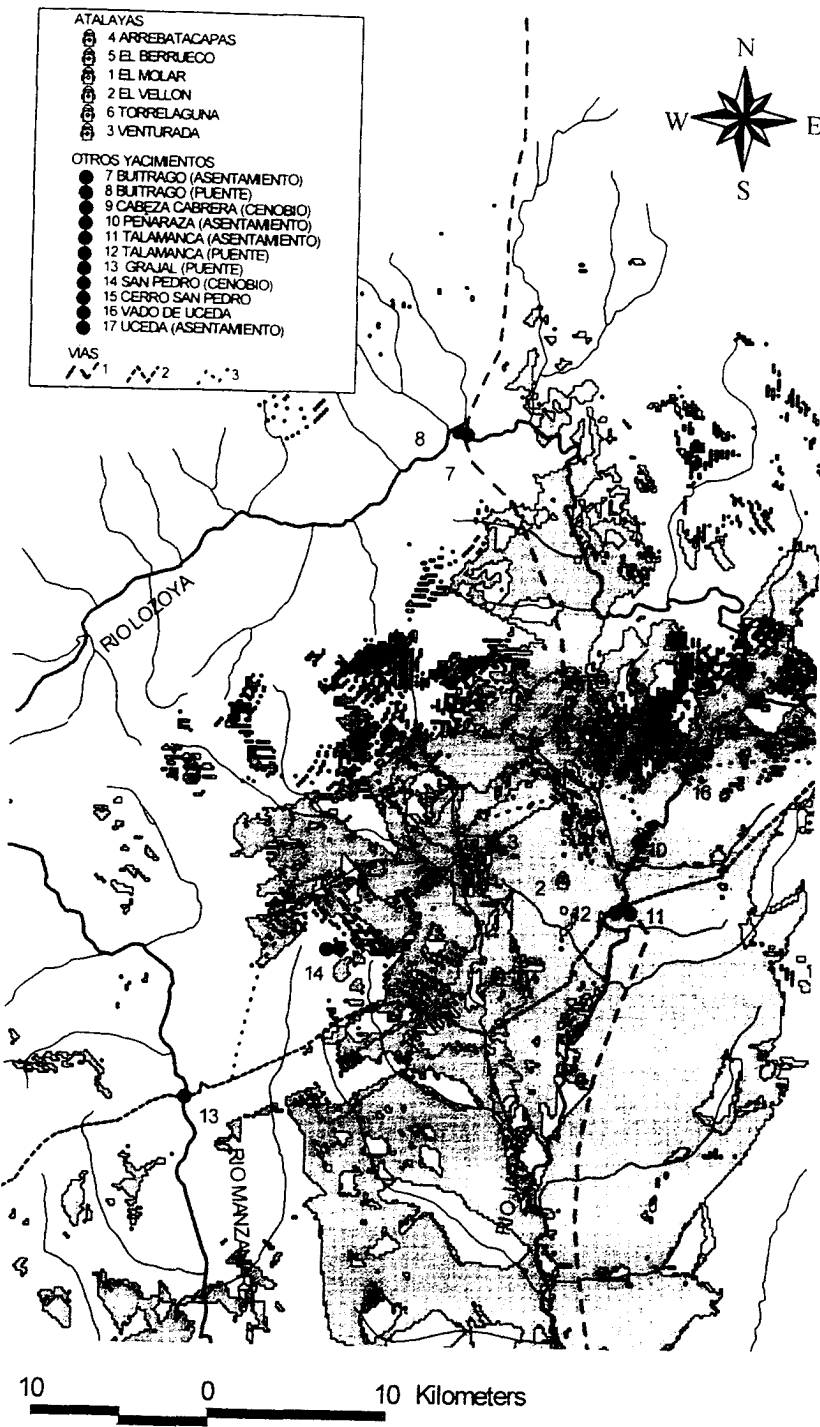


Figura 10. Visibilidad desde el "sistema de atalayas".

No hay que descartar, de todos modos, que las torres ejercieran otras funciones complementarias, relacionadas con la más eficaz ocupación del territorio: control de zonas de pasto alejadas de los núcleos de población, protección de los accesos a determinadas zonas de explotación agraria y vigilancia de los caminos locales que permitirían la puesta en comunicación de los distintos dominios de aprovechamiento y la circulación y centralización de los productos, entre los que tampoco hay que excluir los minerales (CABALLERO y MATEO, 1988: 10)¹⁰. Esta interpretación cobra fuerza si tenemos en cuenta que nos encontramos ante zonas, como ya hemos señalado más arriba, donde existen comunidades en constante conflicto y que son objeto habitual de saqueos puntuales por parte de grupos guerreros del otro lado de la sierra con probables dificultades periódicas de subsistencia. En este sentido, la polifuncionalidad de las torres no hace sino reproducir, a pequeña escala, la concepción defensiva de toda la frontera andalusí, el sistema de «marca»: un entramado basado en la superposición de redes multidireccionales de tipo defensivo, viario y poblacional (CABALLERO y MATEO, 1990: 68). Esta idea explica que algunas almenaras aparezcan aisladas y que, incluso dentro de los conjuntos más extensos, encontremos pequeñas concentraciones en puntos concretos, a la entrada de determinados valles o en el entorno de determinadas fortificaciones.

Aunque la edificación de las atalayas respondió a una iniciativa promovida por el gobierno omeya, lo más probable es que, como sugiere el texto citado en la última nota, la gestión y el mantenimiento fuesen cedidos a las comunidades directamente vinculadas. Así, al menos, funcionaba, seis siglos después, el sistema de vigilancia costera legado por los nazaries¹¹, tal y como recogen las ordenanzas de época de Felipe II (GAMIR, 1943). A través de ellas podemos también conocer algunos detalles sobre la dotación mínima de las torres, los vigilantes móviles (caballeros atajadores) que se coordinaban con aquéllas, el almacenamiento de la leña y el sistema de señales. Aunque, en territorio andalusí y a lo largo de toda su historia, hay una continua utilización del recurso de vigilancia y defensa, con las redes o líneas de almenaras¹², estos detalles los podemos extrapolar al siglo X no sin cierta cautela¹³.

Concluyendo, la utilización del SIG -en este caso concreto- nos ha permitido depurar los estudios en torno a las atalayas madrileñas. Sobre todo a la hora de reconocer correctamente las zonas directas sobre las que actuaban (visibilidad). Igualmente, también puede entenderse con mayor fidelidad las relaciones exis-

10. La Primera Crónica General habla de las «...muchas athalayas que avie y de que tornavan los cristianos grand destorvo (...) fasta Medinacelím que eran fechas por guardas de los corrales et de los labradores...» (GAYA, 1944: 125).

11. Sus precedentes se remontan al periodo emiral (LIROLA, 1993: 58-59 y BUNES y MARTÍNEZ, 1993: 103).

12. Son muchos los ejemplos también al interior, conjuntos seguramente edificados para controlar las divisiones internas o las tierras de un alfoz. Son ejemplo de ello los que se alzan en algunas zonas de la Marca Superior (SCALES, 1990: 14, 51, 85, 102 y 120), o en las proximidades de Albarracín (ALMAGRO, 1987: 75) y Calatayud. Tres siglos más tarde, los nazaries, a parte del sistema costero, también establecen otro al norte de la capital, vigilando los accesos desde la zona de Jaén (ARGÜELLES, 1987: 86).

13. Existe también una referencia al fuego de las atalayas por parte de al-Idrísí (LIROLA, 1993: 348).

tentes entre todas ellas, además de la interrelación con los distintos itinerarios (inter-visibilidad). En definitiva, es preciso insistir en el valor metodológico a la hora de analizar la organización del espacio de la Marca Media, confirmado a través del ejemplo del Jamara.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO, A. (1976): «Las torres beréberes de la Marca Media: aportaciones a su estudio», *Cuadernos de la Alambra*, 12, pp. 279-307.
- ALMAGRO, A. (1987): «El sistema defensivo de Albarracín», *II CAME*, Madrid, t. 2, pp. 71-84.
- ALONSO, J.J.; EMPERADOR, C. y TRAVESÍ, C. (1988): *Patrimonio Histórico-Artístico en la Confluencia de los Ríos Jarama y Henares*, Madrid.
- ÁLVAREZ, Y. y PALOMERO, S. (1990): «Las vías de comunicación en Madrid desde época romana hasta la caída del Reino de Toledo», *Madrid del Siglo IX al XI*, Madrid, pp. 41-63.
- ARGÜELLES, M. (1987): «El sistema defensivo nazari Montefrío-Moclín», *II CAME*, Madrid, t. 2, pp. 85-91.
- BARRUCAND, M. y BEDNORZ, A. (1992): *Arquitectura Islámica en Andalucía*, Colonia.
- BERMEJO, J. L. (1994): «Una explotación agrícola en el territorio de los Banu Salim: excavaciones en Vereda de Sedano o Las Fuentecillas (San Fernando de Henares, Madrid)», *Boletín de Arqueología Medieval*, 8, pp. 207-227.
- BUNES, M. y MARTÍNEZ, S. (1993): «La navegación mediterránea en época medieval», *II Curso de Arqueología Subacuática*, Serie Varia, 2, pp. 83-119.
- CABALLERO, L. (1977): «Informe de las excavaciones del poblado medieval del Cancho del Confesionario, Manzanares el Real (Madrid)», *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 5, pp. 325-332.
- CABALLERO, L. y MATEO, A. (1988): «Atalayas musulmanas en la provincia de Soria», *Arevación*, 14, pp. 9-15.
- CABALLERO, L. y MATEO, A. (1990): «El grupo de atalayas de la sierra de Madrid», *Madrid del Siglo IX al XI*, Consejería de Cultura de la Comunidad de Madrid, pp. 65-77.
- CABALLERO, L. y SÁNCHEZ-PALENCIA, J. (1982): «Presas romanas y datos sobre poblamiento romano y medieval en la provincia de Toledo», *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 14, pp. 379-433.
- CATALINA, J. (1905): «Relaciones topográficas de España. Relaciones de pueblos que pertenecen hoy a la provincia de Guadalajara», *Memorial Histórico Español. Colección de Documentos, Opúsculos y Antigüedades*, Madrid, t. XLIII.
- CASARIEGO, J. E. (1985): *Crónicas de los Reinos de Asturias y León*, León.
- COLMENAREJO, F. (1987): *Arqueología Medieval de Colmenar Viejo*, Madrid.
- FRANCO, F. (1993): «Aportaciones al estudio de las vías de época islámica en la Meseta Norte», *Proyección histórica de España en sus tres culturas: Castilla y León, América y el Mediterráneo*, Valladolid, vol. I, pp. 73-87.
- GAMIR, A. (1943): *Organización de la defensa de la costa de Granada desde su reconquista hasta finales del siglo XVI*, Granada (reed., 1988).
- GAYA, J. A. (1935): «Restos de construcciones musulmanas en Mezquetillas y Fuentearmegil (Soria)», *Al-Andalus*, III, 1, pp. 151-155.
- GAYA, J. A. (1943): «Gormaz, castillo califal», *Al-Andalus*, VIII, 2, pp. 431-450.
- GAYA, J. A. (1944): «Atalayas cristianas de la frontera», *Archivo Español de Arte*, XVII, pp. 124-130.
- GONZÁLEZ, J. (1975-1976): *Repoblación de Castilla la Nueva*, Madrid.
- GRAÑEDA, P. et alii (1996): «La minería medieval al sur del Sistema Central: Madrid y su entorno», *Actas de las I Jornadas sobre Minería y Tecnología en la Edad Media peninsular*, Madrid, pp. 240-273.

- HERNÁNDEZ, F. (1959): «El camino de Córdoba a Toledo en la época musulmana», *Al-Andalus*, 24, 1, pp. 1-62.
- HERNÁNDEZ, F. (1962): «El Fayy al-Sárrât, actual puerto de Somosierra», *Al-Andalus*, XXVII, pp. 267-297.
- HERNÁNDEZ, F. (1973): «La travesía de la Sierra de Guadarrama en el acceso a la raya musulmana del Duero», *Al-Andalus*, XXXVIII, pp. 69-185 y 415-454.
- HERNÁNDEZ, A. (1966): «Crónica de la población de Ávila», *Textos Medievales*, 20, Valencia.
- HUETE, Mario (1992): «Notas sobre las fortificaciones y el trazado del itinerario militar musulmán Osma-Clunia», *Castellum*, 1, pp. 63-80.
- IBN HAYYÁN (1981): *Crónica del califa 'Abdarrahman III an-nasir entre los años 912 y 942 (al-Muqtabis V)*, trad., índices de M.^a J. VIGUERA y F. CORRIENTE, Zaragoza, 1981.
- JIMÉNEZ, J. y ROLLÓN, A. (1987): *Guía de los Castillos de Madrid*, Tierra del Fuego, Madrid.
- JIMÉNEZ, J. (1992): «La red viaria romana en la provincia de Madrid: épocas romanas e islámica», *Mayrit. Estudios de arqueología medieval madrileña*, Madrid, pp. 17-30.
- JIMÉNEZ, F. (1972): «Notas geográfico-históricas de los pueblos de Madrid en el siglo XVIII», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, VIII, pp. 279-307.
- JIMÉNEZ, R. (1968): De Rebus Hispaniae, *Textos Medievales*, 22, Valencia, reimpresión facsímil de la edición de 1793.
- LANDETE, M. J. (1982): «Los restos arquitectónicos de Talamanca de Jarama», *Revista de Arqueología*, III, 18, págs. 6-9.
- LIROLA, J. (1993): *El poder naval de Al-Andalus en la época del Califato Omeya*, Granada.
- LÓPEZ, P. y RUBIO, J. (1992): «La murallas de Buitrago de Lozoya», *Mayrit. Estudios de arqueología medieval madrileña*, Madrid, pp. 35-43.
- LOZANO, I. (1991): «Una atalaya inédita en Hoyo de Manzanares», *Revista de Arqueología*, 117, p. 61.
- LLULL, P.; HUETE, M. y MOLINA, J. (1987): «Un itinerario musulmán de ataque a la frontera castellana en el siglo X: fortalezas, castillos y atalayas entre Medinaceli y San Esteban de Gormaz», *Castillos de España*, 93, pp. 3-14.
- MALALANA, A. (1990): «Puentes-fortaleza en el Tajo: el tramo Zorita de los Canes (Guadalajara)-Castros (Cáceres)», *Boletín de Arqueología Medieval*, 4, pp. 195-222.
- MALALANA, A.; MARTÍNEZ, S. y SÁEZ, F. (1995): «La ruta del Jarama y su entorno en época andalusí», *Orígenes históricos de la actual Comunidad Autónoma de Madrid*, Madrid, pp. 139-181.
- MANZANO, E. (1990): «Madrid, en la frontera omeya de Toledo», *Madrid del Siglo IX al XI*, Madrid, pp. 115-129.
- MANZANO, E. (1991): *La frontera de Al-Andalus en época de los omeyas*, Madrid.
- MARTÍNEZ, S. (1990): «Arquitectura militar de ámbito rural de la Marca Media. El alfoz de Talavera. Antecedentes y evolución», *Boletín de Arqueología Medieval*, 4, pp. 135-172.
- MARTÍNEZ, S. (1992): «Arquitectura militar islámica en Talavera de la Reina», *Actas de las Primeras Jornadas de Arqueología de Talavera de la Reina y sus Tierras*, Toledo, pp. 177-200.
- MARTÍNEZ, S. (1996): «Talavera de la Reina en las fuentes medievales», *Cuaderna*, n.º 4, pp. 66-91.
- MARTÍNEZ, S. et alii (1996): «La continuidad de la red viaria de época antigua en época medieval en el Valle del Tiétar abulense», *Actas del II Congreso Internacional sobre Caminería Hispánica. Tomo II. Caminería Histórica*, Madrid, Patronato Arcipreste de Hita y Asociación Técnica de Carreteras, pp. 169-184.
- MENA, P. y LÓPEZ, P. (1988): *Informe de las Excavaciones Arqueológicas realizadas en el Recinto Amurallado de Buitrago de Lozoya (Madrid)*, Consejería de Cultura de la Comunidad de Madrid (inédito).
- MENÉNDEZ, J. M. et alii (s.a.): *Evolución Histórica de los Itinerarios del Noroeste en la Comunidad de Madrid*, Consejería de Transportes de la Comunidad de Madrid.
- MICHEL, I. (ed.) (1976): *Cantar del Mio Cid*, Madrid.
- MIZAL, Jassim Abid (1989): *Al-Idrisi. Los caminos de Al-Andalus en el siglo XII según «Uns al-Muhay wa-rawd al-furay»*, Madrid.
- MONTOYA, M. I. (1992): *Libro de la Montería*, Granada.
- MORENO, J. y JIMÉNEZ, J. (1990): «Miscelánea islámica madrileña II», *Boletín de Arqueología Medieval*, 4, pp. 419-422.
- OLASSOLO, P. (1994): «Las rutas histórico-militares entre Somosierra, Guadarrama y Madrid en época musulmana», *Caminos y Caminantes por las Tierras del Madrid Medieval*, Madrid, pp. 53-63.
- OLIVER, J. (1959): *Historia del nombre de Madrid*, Madrid.
- PAVÓN, B. (1980): «Las fortalezas islámicas de Ribas de Jarama y Cervera (Madrid)», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XVII, pp. 19-24.
- PAVÓN, B. (1984): *Guadalajara Medieval. Arte y Arqueología Árabe y Mudéjar*, Madrid.
- PÉREZ, J. y ARCO, R. del (1971): «España Cristiana. Comienzo de la Reconquista (711-1038)», en *Historia de España*, dirigida por R. MENÉNDEZ PIDAL, Madrid, t. VI.
- PRESAS, M. (1990): *Proyecto de Intervención Arqueológica en el Recinto de Buitrago de Lozoya (Madrid)*, Consejería de Cultura de la Comunidad de Madrid (inédito).
- RETUERCE, M. (1982): *Documentación Arqueológica de un Poblado Medieval: Cervera (Mejorada del Campo, Madrid)*, Memoria de Licenciatura inédita. Universidad Complutense de Madrid.
- RETUERCE, M. (1995): «Arqueología y poblamiento en la meseta andalusí. El referente cerámico», *V Semana de Estudios Medievales*, Najera, pp. 87-124.
- RUBIO, J. y LÓPEZ, P. (1992): «Talamanca del Jarama: fortificación y defensa», *Mayrit. Estudios de Arqueología Medieval Madrileña*, Madrid, pp. 47-55.
- SÁNCHEZ, C. et alii (1993): «El poblamiento medieval en el curso medio-alto del río Tiétar (Ávila): la influencia del entorno», *IV CAME*, Alicante, t. II, pp. 345-358.
- SÁEZ, F. (1993): «Catálogo de los castillos, fortificaciones y recintos amurallados medievales de la Comunidad de Madrid», *Castillos, Fortificaciones y Recintos Amurallados Medievales de la Comunidad de Madrid*, Madrid, pp. 73-275.
- SCALES, P. (1990): «La red militar en el Tagr al-'Alà en los siglos X y XI: análisis e índice topográfico», *Boletín de Arqueología Medieval Española*, 4, pp. 7-133.
- TERRASSE, M. (1969): «Buitrago», *Melanges de la Casa de Velázquez*, V, pp. 189-205.
- TORRES, L. (1960): «Talamanca y la ruta olvidada del Jarama», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CXXI, pp. 235-266.
- TURINA, A. y RETUERCE, M. (1987): «Arqueología más reciente», *130 años de arqueología madrileña*, Madrid, pp. 166-187.
- ZOZAYA, J. (1979): «Los restos islámicos en la provincia de Madrid», *Primeras Jornadas sobre la Provincia de Madrid*, Madrid, pp. 115-120.
- ZOZAYA, J. (1980): «La islamización en la provincia de Madrid», *II Jornadas sobre la Provincia de Madrid*, Madrid, pp. 77-83.
- ZOZAYA, J. (1984): «Excavaciones in the Caliphal fortress of Gormaz (Soria), 1979-1981: a summary», *Papers in Iberian Archaeology*, BAR International Series, 193, 2, pp. 674-702.
- ZOZAYA, J. (1987): «Notas sobre las comunicaciones en el al-Andalus omeya», *II Congreso de Arqueología Medieval Española*, Madrid, t. I, pp. 219-228.
- ZOZAYA, J. (1990): «El Islam en la región madrileña», *Madrid del Siglo IX al XI*, Madrid, pp. 195-203.
- ZOZAYA, J. (1992): «Las fortificaciones de al-Andalus», *Al-Andalus, las Artes Islámicas en España*, El Viso, Madrid, pp. 63-73.



Lámina 1. Vista desde la atalaya de El Vellón (foto autores).



Lámina 3. Vista de la atalaya de Venturada desde el Sur (foto autores).



Lámina 2. Atalaya de El Vellón desde Talamanca del Jarama (foto autores).



Lámina 4. Atalaya de Arrebatacapas (foto autores).



Lámina 5. Atalaya de El Berruoco desde el Sur (foto autores).



Lámina 6. Vista de la Atalaya de Arrebatacapas y el arroyo de S. Vicente (foto autores).